

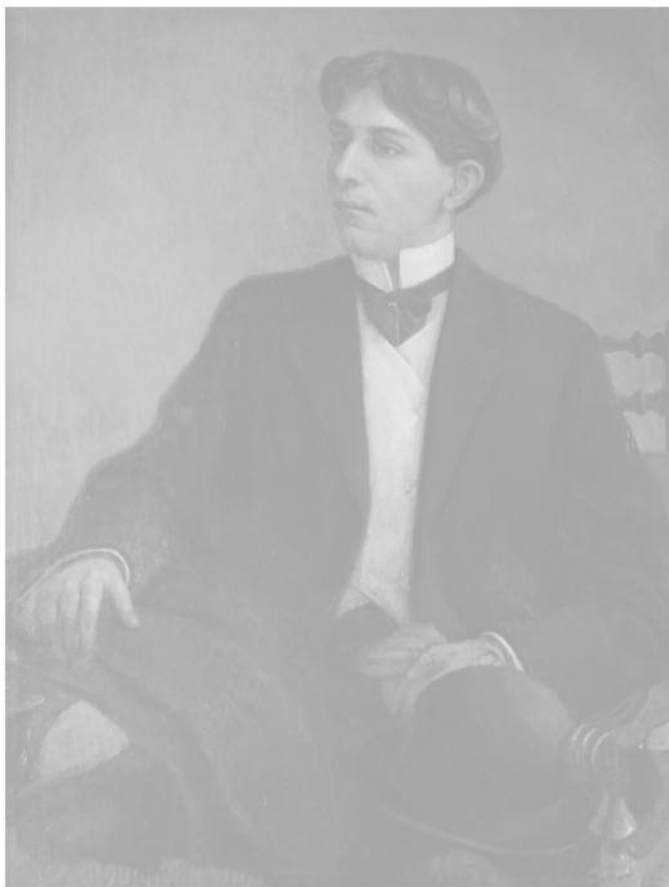
Poesía selecta



RICARDO MIRÓ

Poesía selecta





Ricardo Miró. Óleo del pintor panameño Juan Manuel Cedeño, 1983.
Pertenece a la Academia Panameña de la Lengua, donde preside la
«Sala de los Directores».

Poesía selecta

RICARDO MIRÓ

ISBN 978-9962-706-47-2

© 2018 Academia Panameña de la Lengua
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización escrita de los titulares de los derechos de autor.

Edición de textos y estilo:
José Antonio Baujín

Transcripción:
Rita Franco García

Fotografía de cubierta:
Camilo Pimentel Perea

Diseño gráfico e impresión
Editora Novo Art, S.A.
www.editoranovoart.com
Pedro Antonio Argudo, concepto gráfico, diagramación y cubiertas
Montserrat de Adames, edición de textos y estilo

Segunda edición, 2018

Índice



Presentación	9
MARGARITA VÁSQUEZ QUIRÓS, <i>directora</i> (2015-2018)	

Prólogo a la primera edición	13
ELSIE ALVARADO DE RICORD, <i>directora</i> (1991-2002)	

I. SONETOS

Las guacamayas	33
La última gaviota	34
Alma de oro	35
Brisas de primavera	36
Sonetos a don Rubén Darío	37
Mística	39
Frinea	40
Alejandro	41
Tu recuerdo es piadoso	42
El verso	44
Las garzas	45
A la eterna	46
Colón simbólico	47

Cleopatra	48
Lo imposible	49
Alma judía	50
Paisaje	51
Todo se enciende bajo el sol	52
Mujer romántica	53
La venus de los siete espejos	54
Tus ojos	55
Melancolía	56
Imposible	57
Similitudes	58
Bandera inútil	61
Felicidad	62
Eterno encanto	63
¿Amor?	64
Soneto del atardecer	65
Recalando	66
Retazo	67
En espera del ideal	68
Bajo la luna	70
Tardes sentimentales	71
Similitudes	73

II. POEMAS MAYORES

Las garzas	77
Patria	79
Las gaviotas	81
El poema divino	83
El poema eterno	90

Versos al oído de Lelia	97
La canción del marinero	99
Si no hubo nada	100
Blasón	101
Primer nocturno	103
El poema del ruiseñor	105
A Portobelo	107
Nocturno II	109
Las palomas de San Juan	111
Garzas cautivas	113
El responso a Margarita Krosty	116
Campanas de San Felipe	118
En la alta noche	120
A la memoria sagrada de Nicolle Garay	122
Gloria	124
Nocturno III	126
Versos incomprensidos	128
Musa panameña	129
Lienzo antiguo	131
Luciérnaga	133
Plazo fatal	135
Perfección	136

Presentación

Margarita Vásquez Quirós
Directora de la Academia Panameña de la Lengua



En este año 2018 se cumplen ciento treinta y cinco años del nacimiento del ilustre poeta panameño Ricardo Miró Denis. Llegado a la vida cuando fracasaban los trabajos de la Compañía del Canal Francés en Panamá, tuvo que asimilar guerras, separaciones, movimientos sociales y revoluciones de los que fue testigo¹. Ante aquellos hechos y sus secuelas es bueno preguntarse: ¿qué significado adquirió para él la construcción del dominio imperial que se erigía y se expresaba en otra lengua a unos cuantos metros de la ciudad de Panamá? La introspección que identifica a su poesía revela los caminos silenciosos de sus interioridades, una sensibilidad que comprendía las pérdidas que se afianzaban al paso del tiempo, y su temperamento lo condujo a marcar puntualmente en su obra poética no solo elementos simbólicos del pasado hispánico, sino sigilosas señales de una unidad americana manifestada en la naturaleza,

¹ Ricardo Miró nació en la década en la que naufragaba la construcción del Canal Francés por Panamá, vivió la Guerra de los Mil Días, la separación de Panamá de Colombia, la construcción del canal norteamericano, la Primera Guerra Mundial, la Guerra de Coto, el Movimiento Inquilinario, la Revolución de Tule, la Revolución del 2 de enero, el discurso de Roque Javier Laurenza sobre los poetas panameños en 1933 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

en la cultura, en la historia². Su obra explicita el diálogo con tres hitos: una fuente muy viva nacida de la herencia del romanticismo americano, la musicalidad del verso modernista y el sentimiento personal de soledad ante la invasión de un mundo que se abría a lo desconocido.

En 1926, Ricardo Miró Denis fue uno de los fundadores de la Academia Panameña de la Lengua. Desde entonces fue nombrado secretario perpetuo de la institución hasta el día de su muerte, y hoy su efigie, lograda por el pintor Juan Manuel Cedeño, preside la «Sala de los Directores» de la Academia Panameña de la Lengua, al lado de D. Andrés Bello, autor de la primera *Gramática castellana destinada al uso de los americanos*, y de D. Rufino J. Cuervo, iniciador del enorme *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Para dar una idea del respeto y admiración que guardó Miró por la Academia Panameña y sus fundadores, reproduzco a continuación la dedicatoria de su último libro de poemas, *Caminos silenciosos* (Imprenta Nacional, Panamá, 1929; edición príncipe):

Al Reverendo FRAY PEDRO FABO DE MARÍA,
fundador de la Academia Panameña de la Lengua,
con el respetuoso cariño y la sincera admiración de
EL AUTOR

Se debe decir que, en la pasada década del ochenta, no contentos con saber que hacía falta una antología de la obra de Miró, el ojo crítico y el oído acompasado de los poetas académicos Elsie Alvarado de Ricord, Ricardo J. Bermúdez y José Guillermo Ros-Zanet, aceptaron la tarea de marcar rumbos al lector. Así, encabezados por una jugosa introducción de doña

² Véanse «Las guacamayas» (1904), «Colón simbólico» (1912), «A Portobelo» (1918), «Bandera inútil» (1924).

Elsie³, reunieron en dos grupos («Sonetos» y «Poemas mayores») los textos líricos elegidos. Procuraban así una mejor comprensión de la muestra.

Treinta y cuatro años después de aquella fecha, la Academia Panameña de la Lengua ofrece a los lectores la reedición, con mínimos cambios, del libro antológico de 1984, *Ricardo Miró. Poesía selecta*, con prólogo de Elsie Alvarado de Ricord. Así, la institución, en cumplimiento de sus funciones, procura suplir una necesidad constantemente manifestada por quienes se interesan por la literatura panameña, en general, y por la poesía, en particular: el deseo de leer a Miró, nuestro poeta, y mostrarlo a las nuevas generaciones para que perdure en la memoria. Asimismo, pretendemos ofrecer a nuestros cónsules y embajadores una ventana por donde asomarse a Panamá, por donde ufanarse de pertenecer a una tierra «donde es más claro el cielo y es más brillante el sol». La poesía de Miró sigue dialogando con nosotros, increpándonos, lanzándonos miradas retadoras sobre nuestro presente y la necesidad de mirar al futuro. De ello da cuenta Tristán Solarte⁴, actual director sustituto de la Academia, en un hermoso texto, «Con Ricardo Miró» (*El camino recorrido*, Imprenta Universal Books, Panamá, 2002):

*¿Qué se hicieron tus pájaros dolientes,
tus garzas y las mías, hoy venidas
a menos, sucia nieve envilecida?
¿Qué buscan en la fétida corriente*

*del Matasnillo –infernial serpiente
de lama negra, putrefacta– hundidas
hasta el collar, la dignidad perdida,
mariscando y tragando tristemente?*

³ Elsie Alvarado de Ricord (1928-2005), autora del libro *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró* (INCUDE, Panamá, 1973) y primera mujer que fuera directora de la Academia Panameña de la Lengua.

⁴ Guillermo Sánchez Borbón.

*¿Y qué puedo decir de tus gaviotas?
La «flor de espuma» es hoy de vertedero.
¿Y otros plumados seres emblemáticos*

*revoloteando sobre la remota
niñez y el mar: talingos agoreros,
muelles con alas, cuacos enigmáticos?*

Prólogo

a la primera edición

Elsie Alvarado de Ricord



La celebración del centenario de un autor es un termómetro que mide la temperatura intelectual y emocional con que un pueblo es capaz de emprender una indagación seria que reexamine con suficiente perspectiva la significación y el alcance de una figura no sencillamente extraordinaria, sino representativa de todo un sistema de valores epocales.

Tan favorable es la predisposición del público por la efeméride que igual le da que se trate del nacimiento o de la muerte. Y es que las expresiones cien años, siglo, secular, centuria, centenario, además de que designan un respetable lapso, poseen unas connotaciones especiales que le confieren prestigio histórico al autor aludido. Así su obra viene a constituirse en acontecimiento, en atracción principal, en importante noticia, y se consagra oficialmente para la posteridad, si bien ello solo es posible gracias al mérito intrínseco que la ha mantenido vigente en la sensibilidad popular, por encima del distanciamiento de la mayor parte de la crítica. Porque es obvio que mientras el pueblo recita insistentemente, además de «Patria», «El poema del ruiñón», «La última gaviota», «Garzas cautivas», «Las garzas», «En la alta noche», «Lienzo antiguo», «Tus ojos», «Mujer romántica», etc., demostrando con ello su capacidad selectiva, en

cambio los comentaristas solo aluden al primero, generalmente más movidos por la impresión que por el debido análisis. Aun así, estimo que Ricardo Miró no es, como se ha dicho y se sigue repitiendo, un poeta desconocido. Poco estudiado sí, pero no hay autor nacional que pueda considerarse suficientemente estudiado. La escasa atención crítica que se la ha dispensado a su obra es quizá mucho mayor que la que han recibido otros autores también valiosos, como Darío Herrera, Demetrio Herrera Sevillano y algunos otros de indiscutible mérito.

Podría afirmarse sin incurrir en excesos que no obstante algunos ponderados estudios de nuestros críticos, casi toda la producción literaria istmeña está por conocer, principalmente la poesía, que, como cualquier otro género, demanda la orientación especializada y, además, por su carácter sintético requiere, aun la más transparente, cierto desciframiento.

La realidad es que un buen poema es inagotable, dada la polisemia del lenguaje poético. Cada época, cada generación, cada comunidad, cada lector interpretan a una nueva y distinta luz y ello es la causa de la llamada eternidad de la poesía, alusiva a su perenne poder sugestivo, por la infinidad de sentidos posibles que la palabra suscita en la imaginación de los lectores. Este hermoso y profundo juego del arte es una disciplina espiritual que agudiza las facultades emotivas y enriquece la existencia. De tal modo, la obra de Ricardo Miró constituye para los panameños una necesidad vital y un pilar insustituible de la cultura.

Su bio-bibliografía resumida es la siguiente: nació en la ciudad de Panamá el 5 de noviembre de 1883. Hijo de don Ricardo Miró y doña Mercedes Denis de Miró, hermana de la poetisa Amelia Denis.

A los 14 años de edad, en 1897, viajó a Bogotá a estudiar pintura, pero tuvo que interrumpir sus estudios en 1899, cuando estalló la guerra de los Mil Días. Regresó al Istmo y desempeñó algunos cargos burocráticos. En 1907, año de su matrimonio con doña Isabel Grimaldo, fundó y dirigió la revista *Nuevos Ritos*. En 1908 viajó a Barcelona, con un cargo diplomático. En 1909, como cónsul en Marsella, enfermó y regresó a Barcelona

hasta 1911. Al retornar al Istmo se reincorporó a la burocracia local. Fue director interino de los Archivos Nacionales. En 1921 viajó por breve tiempo a Lima, donde se relacionó con muy buenos escritores. En 1926 fue escogido como secretario perpetuo de la Academia Panameña de la Lengua. En 1937 se le rindió un homenaje nacional en el que se le puso la corona de laurel. Murió el 2 de marzo de 1940 en la ciudad de Panamá.

Sus obras publicadas son:

Preludios, 1908.

Los segundos preludios, 1916.

La leyenda del Pacífico, 1919 (reeditada en 1924).

Versos patrióticos y recitaciones escolares, 1925.

Caminos silenciosos, 1929.

El poema de la reencarnación, 1929.

Antología poética (1907-1937).

Antología poética, Guatemala, 1951.

Antología poética, Panamá, 1976.

Sus cuentos y apólogos fueron recogidos por Mario Augusto Rodríguez en su *Estudio y presentación de los cuentos de Ricardo Miró*, que Mario Augusto clasifica según el ambiente y según los temas.

La obra en prosa de Miró está constituida por cuentos, apólogos, piezas teatrales de las que solo quedan referencias en la prensa, muchos artículos periodísticos y dos novelas insuficientes: *Las noches de Babel* (1913) y *Flor de María* (1922). Su lectura como novelas no resulta estimulante, pero puede seguirse gracias a cierto atractivo de la prosa de Miró.

Su posición antimperialista se encauzó especialmente en su actividad periodística, pues se afaná «por demostrar al mundo que no nos volvemos yanquis por minutos». Esa combatividad no dejó huellas en su poesía, que se marginó también de la experiencia burocrática y solo brindó un lirismo íntimo destilado en las capas más profundas de la sensibilidad.

El valor de su obra poética no puede medirse horizontalmente por el número de libros o versos publicados, sino por el papel que ellos cumplieron en la conformación de la sensibilidad

panameña y por su vigencia innegable aun en este momento en que las formas ideológicas, incluidas las concepciones literarias, han girado radicalmente, por esos reajustes continuos con que la literatura hace causa común con los nuevos requerimientos del mundo.

Los cuentos, que llenan la parte más estimable de su prosa, siguen en su trazado la técnica tradicional del narrador omnisciente, a veces personaje. De ambiente nacional o extranjero, con diversos argumentos, lenguaje adaptado a las exigencias particulares de la trama, se enfilan sin embargo dentro de un esquema común que permite esbozar las siguientes generalidades sobre ellos: las cualidades de los personajes se describen al comienzo del relato y se confirman en las actuaciones; solo una cualidad clave se reserva para la sorpresa final.

Casi todos los protagonistas de estos cuentos aparecen recortados según el concepto clásico en la literatura, tanto en el aspecto físico como en el psicológico. Las mujeres, muy retocadas en cuanto a sus virtudes, y su conducta se tasa con los cánones de la moral de la época, que se adivina como preocupación latente, nunca confesa, en todos los relatos.

En alguna buena ocasión, un personaje como el de *El gran paso* rompe la consabida silueta y ofrece especial interés psicológico por el realismo de su caracterización. En general los protagonistas masculinos le ofrecen más amplitud para el desenvolvimiento psicológico, porque no están lastrados por el moralismo con que media la actitud social de la mujer.

El tiempo se desarrolla linealmente sin distorsiones, siguiendo con fidelidad la línea cronológica, sin transponerla nunca, a diferencia de lo que ocurre en su poesía.

El lenguaje narrativo es ameno, con pinceladas pintorescas en la descripción del paisaje y alguna observación reflexiva de tinte poético o de fino humorismo.

El diálogo suele ser realista, adecuado a los personajes según su grado de cultura, edad, sexo, ambiente, etc., virtud en la cual la prosa de Miró aventaja al verso cuando este emplea el dialogismo. Y es natural que así sea, porque se trata de dos técnicas diferentes, aún en nuestro momento, en que el verso

se ha acercado tanto, por voluntad liberadora, al prosaísmo del lenguaje coloquial.

En general la prosa de Miró es vivaz y llana, en un estilo mixto (ni conciso ni periódico), hecho meritorio porque no es frecuente en los poetas, ya que quienes se ejercitan en el verso suelen trasplantar luego su hábito sintético a la prosa, que es siempre más discursiva, y les resulta muy conceptista, de respiración jadeante, cuando no vacua y de expresión muy florida; a veces hasta inconexa y oscura.

Ricardo Miró domina la técnica de la prosa, y siempre la cultiva en función creadora: en el cuento o el apólogo, por ejemplo. No entran en esta consideración sus artículos periodísticos porque la finalidad de ellos no era primordialmente literaria. No hay constancia, hasta la fecha, de que Miró hubiera escrito ensayos de pretensiones mayores que las de la crónica periodística surgida del apremio diario. Por lo cual es de suponerse que no ejercitó al máximo su capacidad en esa línea, con planteamientos donde el lenguaje, que configura el pensamiento, se desarrolla sobre una organización de ideas metódicamente estructuradas, dentro de una esfera distinta de la propiamente artística.

Pero su aporte a la narrativa es muy apreciable, y no obstante que Darío Herrera se ha llevado la gloria del mejor cuentista panameño de esa época, la creación de Miró no desmerece, y en algún momento le aventaja, en cuanto a realismo, por ejemplo. Pero la de Darío Herrera fue cincelada con más reposo y con más disciplina artística que la de Miró.

Su poesía recibió las influencias del Romanticismo literario que estaba en la tradición, y del Modernismo, y asimiladas por su talento y su sensibilidad se patentizan ambas con mucha moderación en su obra, en un estilo muy propio, con una temática fiel a su mundo interior y a su posición estética.

Su mensaje es profundo sin ser nunca oscuro. Su claridad, que por ser poética es muy relativa, proviene de la fluidez sintáctica, ya que su inspiración rehúye los hipérbatos violentos y el léxico cultista, que en cambio fue característico de algunos grandes poetas hispanoamericanos de la época, como Julio Herrera

y Reissig, por ejemplo. De allí ese toque clásico de su poesía, poco lastrada por las modas literarias del momento, nutrida por una subterránea fuente de nostalgia que impregna toda la temática, ya aluda al paisaje, ya a la mujer, a Dios, al tiempo, a la muerte.

Ni el severo racionalismo ni el dolor romántico se proyectan rotundos en su verso. Razón y pasión, móviles innegables de la conducta humana, se conjugan y se atemperan en su obra (sin duda por la herencia de los parnasianos y los simbolistas franceses y los modernistas hispánicos) y asumen esa forma mesurada de íntima dignidad que es la nostalgia, que no desata un grito pánico ni vierte una lágrima, y por lo mismo no se consume.

Los procedimientos estilísticos concurren al logro de esa impresión: no hay abuso de un léxico exaltado, ni de exclamaciones, ni de figuras patéticas. Tampoco se observa, salvo insignificantes excepciones, el tratamiento del lenguaje como fin en sí mismo. Su moderación puede deberse a la falta de esa gran fuerza creadora que ocasiona la audacia de los líderes, o a los condicionamientos de un medio cultural escaso y desnutrido.

Mientras un Vicente Huidobro proclama en su *Arte poética* creacionista (1918) que «estamos en el ciclo de los nervios. El músculo cuelga como recuerdo, en los museos»; y mientras un Porfirio Barba-Jacob, nacido, como Miró, en 1883, creador alucinado, poetiza a una temperatura febril sus vivencias dionisiacas («Acuarimántima») y pendula hasta una seguridad genial en la «Canción de la vida profunda» o en «Los desposados de la muerte», nuestro Ricardo Miró produce un verso sereno que no provienen de la quietud sino del rigor poético, impermeable, por voluntad, a la penetración de las circunstancias ajenas a su concepción artística.

Más cercano anímicamente a Guillermo Valencia o a Amado Nervo o al José Asunción Silva de los «Nocturnos» (cuya sombra proyecta una instantánea en el «Nocturno» o en «La confesión») o a Enrique González Martínez (que tal vez insufla su acento a los «Versos al oído de Lelia») pero a suficiente distancia de todos ellos para mantener íntegra su personalidad

literaria, pudo inclusive coincidir o anticiparse a Ricardo Arenales en algunos motivos como el del caracol y podrá advertirse en cada detalle de Miró la preferencia por un léxico sencillo y directo, por una sintaxis más convencional o más regular, con una participación protagónica del «yo» como emoción sostenida, nunca como pasión desbordándose. Es obvio que las características de un detalle no se pueden atribuir a la producción total, pero en este caso específico sí constituyen un indicio para comparar rasgos estilísticos, sin la pretensión de equiparar dos obras desiguales en cuanto a valor literario y en cuanto a trascendencia. (La menor resonancia continental que ha tenido el centenario de Barba-Jacob comparada con la que tuvo el de Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, se debe a consideraciones extraliterarias que una crítica consciente ha debido deslindar como un elemental acto de justicia).

*En mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la pequeña celda del caracol.*

(Ricardo Miró, «Patria», 1909)

*Y eres el caracol, donde concentra
y fija el mar su cántico profundo.*

(Porfirio Barba-Jacob,
«La dama de los cabellos ardientes», 1918)

Del clima poético que les fue común a todos los hispanoamericanos (con Lugones, principalmente) a fines del XIX o en el cruce de ambas centurias pueden espigarse innumerables analogías en la temática, el tono, el lenguaje, los procedimientos, etc.

En el universo poético de Miró el paisaje es la dominante, que se realiza en la multiplicidad de los elementos a la vez que los integra. La jerarquización de ellos se establece en la dimensión anímica; es una relación flexible de planos alternos, en la que los recursos del lenguaje operan sorpresivamente en un ejemplo mesurado y discreto de lo que fue la técnica modernista.

El tiempo de la obra, vista unitariamente, cumple todo un ciclo. Se desarrolla como un movimiento giratorio: a partir del pretérito, se camina por el presente y el futuro, siempre hacia el pasado, en forma circular. De modo que no se trata de un tiempo fijado estáticamente como una fotografía, ajeno al movimiento. Es, al contrario, la temporalidad misma, fluyendo, haciéndose sentir como una eterna fuga. Mirado desde la periferia, se diría que es este sentido del tiempo el que impregna de nostalgia toda la poesía. Pero una visión más profunda revelará que tal determinación es interior, que es el flujo nostálgico el que se encauza en esa modalidad temporal rotatoria, cuyos apoyos lingüísticos se encuentran en los verbos, en los sustantivos, en los epítetos, en los adverbios, es decir, en todas las clases de palabras en las cuales el contenido semántico pueda implicar de alguna manera sugerencias temporales.

Las aves constituyen una parte considerable de su temática. Son, en los primeros poemas, símbolos, que luego alcanzan un valor propio; figuras en el paisaje, pero no simplemente decorativas, sino humanizadas, partícipes del animismo que habita el panorama. Las garzas motivaron algunos de sus más celebrados cantos: su forma estilizada, su blancura, su mutismo, su lejanía y la condición fugitiva que les confiere una apariencia etérea e inasible son elementos figurativos que de por sí deleitarían la vocación pictórica del artista, pero que adquieren un sentido mucho más hondo en una sensibilidad esencialmente romántica, que interpreta el paisaje, que capta la fugacidad de la belleza y esa vibración que hay en los seres naturales, quizá porque viven aún más sujetos a la temporalidad que las creaciones artísticas.

En «El poema del ruiseñor», realizado con verdadero virtuosismo, el idilio entre el ruiseñor y la luna se resuelve en una entrega panteísta que neutraliza el imposible. En «Garzas cautivas», de profundo mensaje, la impotencia de las aves para el vuelo determina un cautiverio espiritual que es más agobiante que el físico y que engendra la melancolía, puesto que la integración al ambiente natural es necesaria para el conocimiento de sí mismo («y ni siquiera saben que son blancas / porque

nunca se vieron sobre un río») y la consecuente realización social («y no saben aún que tienen alas / y que las alas son para ir al cielo»).

«La última gaviota» es una alegoría de la propia existencia, que dentro del contexto americano cumplió una trayectoria poética un tanto tardía. Hay que tomar en cuenta que en el haber literario de Miró contaban la tradición romántica y la modernista, y que esta última era ya también eso, una tradición, con cierta vigencia en el Istmo, cuando nuestro poeta se hallaba en plena etapa productiva; pero desmoronándose para los escritores españoles, principalmente por la contraofensiva noventayochista que, con Miguel de Unamuno a la cabeza, se opuso desde los diversos géneros literarios al avance del Modernismo.

Internamente, el mismo movimiento giraba ya hacia otras motivaciones más cónsonas con los llamados del momento político, porque el genio de Darío fue de los que supieron adelantarse a la visual común.

Con posterioridad al Modernismo, desde otros países de Europa, principalmente Italia y Francia, arremetieron sucesivos ismos como un turbión que tuvo origen en la terrible experiencia bélica. Todas las seguridades quedaron vulneradas, cuando no desvanecidas; y la literatura desempeñó su papel, ya de eco, ya de alerta, según se mire, pero en todo caso dentro del drama que convulsionaba al mundo, puesto que no intentó marginarse de esta crisis.

Nuestro Ricardo Miró había emprendido el camino de regreso. Recluido en su propia formación y en la vida interior en que solía sumirse hasta lo contemplativo, con mucha anticipación (antes de 1908) avizoró los nuevos horizontes y se afirmó en los suyos. Y presintiendo que el resquebrajamiento social haría crepitar el nivel literario, arrastrando a los escritores al compromiso ineludible con las nuevas realidades (entonces no definido todavía en cuanto a modalidad y color), estoicamente se declaró en quiebra y se dispuso a recoger los pasos, sin una sola muestra exterior del desgarramiento interno.

Distanciado cronológicamente de la generación romántica y previendo el ocaso de la modernista, pero ligado a ambas por

el cordón umbilical de la formación literaria, en una discreta simbiosis de vocación intimista y de esmero verbal, sintió desplomarse todo el sistema de significaciones y creencias que habían alimentado su espíritu, y en consecuencia su arte. Y fiel al culto a la Belleza, que ahora se esfumaba también como espejismo, con toda lucidez, y al temblor de la nostalgia, la fijó en el recuerdo, y alentado por este ideal, dio la vuelta hacia su mundo interior, en la más completa soledad, afanándose «por alcanzar la banda ya remota».

«La renuncia es el viaje de regreso del sueño», reza el famoso poema de Andrés Bello. Pero cuando se abdicó no a una ficción, sino a la evidencia de la historia, porque su paso marcial exige el brío marcado por la vanguardia, entonces se abre la puerta del regreso y hay que remontar la corriente del tiempo hacia el único refugio indestructible: la soledad. A ella se encaminó el poeta, con un callado esfuerzo psicológico: «Y halló, siempre volando, a la olvidada, / de la rauda patrulla tras la huella». Ante su mirada previsor se esfumaba una bandada de valores, y el cisma emocional que se produjo no reservó a las nuevas concepciones el sitio de las viejas querencias.

Recogió sus tesoros devaluados y sin lamentaciones emprendió el retorno, cerrando con estos versos autobiográficos su parábola artística, que había de concluir lustros después, tras algunos logros que constituyen su mejor legado poético:

*Porque yo soy cual la gaviota aquella,
ave dejada atrás por la bandada.*

No hay en la obra de Ricardo Miró un solo elemento que no se ajuste al sistema de sus realidades, pues todos sus motivos provienen del contacto directo con el paisaje, o de las relaciones afectivas. El clima literario de su obra estaba en consonancia con el deslumbramiento americano ante la gloria modernista, si bien en los medios culturales más avanzados del Continente los escritores probaban nuevos rumbos; porque Latinoamérica no es un bloque monolítico, sino una vasta zona geográfica con promontorios y hondonadas de diverso carácter: identificada

en muchos aspectos en su lucha contra las dominaciones; solidaria (su pueblo, no sus gobernantes) en el enfrentamiento a la problemática derivada de la férula del imperialismo, que no presenta la misma gravedad en todas las regiones, quizá porque sus recursos defensivos son también desiguales.

En el más famoso poema de Miró, escrito en Barcelona en 1909, la patria está presente como recuerdo. Así traspone el tiempo con todas las incidencias políticas negativas peculiares de la separación y de los tratados cancleros y la asila en los absconditos parajes de la memoria, donde tienen asiento las impresiones profundas y decisivas de la edad temprana.

Y es la naturaleza el escenario libre por donde la infancia de la patria discurre, dorada por el sol más brillante, bajo el cielo más claro. Por ello el viejo árbol que simboliza el paisaje natural no cede ni a las más elevadas creaciones del progreso, las torres, en las cuales la humanidad materializa su sed de infinito. El sople de vida que posee la naturaleza, que hace crecer el nombre que se grabó en el tronco, no alienta la frialdad de los muros colosales que la urbe ostenta. El árbol proporciona a los sentidos un deleite inmediato y por lo mismo puro, como el beso. Es esa comunión directa con el hombre lo que impone la preferencia y da origen al sueño:

*En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendía a soñar.*

Así, furtivamente, la mujer aparece de manera tácita, in-nominada. Una luz indirecta la revela sin delatarla, y en el transcurso de toda la producción figura siempre envuelta en velos, a veces temporales, hacia el pasado:

*Acariciad su frente de Julieta
donde encontró el ensueño del poeta
blancuras de hostia y castidad de aurora.*
(«La hora romántica»)

O hacia el futuro: «¿Será como Beatriz, como Eloísa...». A veces son velos espaciales, desde otras latitudes o desde una altura astral:

*y volando, en silencio, te perdiste
en el cielo sin nubes de mi historia.*

(«Las garzas»)

Este reflejo responde a la imagen de una mujer tan real que sus huellas pueblan el aire. Son testimonios sensoriales como «el aroma / que emana de tu cuerpo de paloma / y el rumor musical con que caminas».

Es una reiteración casi obsesiva ese recuerdo en espiral, que parte de la tierra y alcanza las alturas, porque él la evoca en todo lo que huye, principalmente en los seres alados. Su magia juvenil se mantiene inalterable al tiempo del sujeto, que en cambio envejece prematuramente. Y hay un juego dramático entre esa permanente visión de frescura y el precipitado declinar del amante que la preserva de todo cambio:

*De entonces, al mirarte girar sobre mis ruinas
me finges una de esas joviales golondrinas
que alegran la infinita mudéz de los escombros.*

(«Tu recuerdo es piadoso»)

*Errabunda paloma que al declinar el día
volaste para hacerte más dulce por lejana.*

(«Salve lírica»)

*No adivino qué extraño derrotero los sinos
abrieron a tu planta, mi pájaro viajero.
Solo sé que mi alma, como un blanco cordero
va besando tus huellas por todos los caminos.*

(«Salve lírica»)

¿Cómo era esta mujer fugitiva del escenario geográfico que se hizo intemporal en el recuerdo? Interesa como criatura

artística, sin entrar a cuestionar su existencia en el mundo objetivo. Desde el eje del hablante, el punto que ella ocupa en el radio visual está a bastante distancia para que solo se perciban las líneas fundamentales de la silueta. Pronto se evaporaron los indicios que deja la experiencia inmediata, tales como el calor y la fragancia del cuerpo.

En la alternativa temporal la línea de la espera se borró por la acción del tiempo y solo quedó la posibilidad retrospectiva. Desde ese momento, todo lo relativo a «la eterna» quedó localizado en la parcela del recuerdo. Surcado una y otra vez, las manos del artista la protegieron de las contingencias climatológicas, y por eso sus rasgos se hicieron cada vez más escuetos, por la definición de lo esencial y la eliminación de lo superfluo. Se delineó fundamentalmente por su calidad espiritual, forjada por el dolor y ennoblecida por la bondad. Su naturaleza se define así desde dentro hacia afuera, por los valores cardinales que marcaron el rumbo en esa relación con el sujeto lírico, que siempre fue tras ella como tras un ideal inalcanzable.

Solo al impulso de la veneración se logra caracterizar a un ser en forma tan lúcida en dos versos, que con razón han sido objeto de admirativos comentarios en Colombia, donde han figurado entre los mejores en encuestas periodísticas. Hay testimonio escrito de que Guillermo Valencia, amigo personal suyo, manifestó una vez que «daría la mitad de sus mejores poesías por haber escrito la siguiente estrofa de la composición que tituló Miró «Alma de oro»:

*Señor, mi Dios, ¿en dónde podré encontrar aquella
olímpica tristeza que presidió su vida?
Fue dolorosa y muda, lo mismo que una herida.
Brillaba sin saberlo, lo mismo que una estrella.*

Estos versos son para el lector como un anticipo (desde luego ignorado, sin nexos genéticos alguno) de aquel de Pablo Neruda en el «Poema 15», que dice: «Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo». Solo que en los de Miró hay un dominante impulso sentimental que no se evidencia en este de Neruda.

Así figura ella siempre en un nivel más alto. Él «va besando sus huellas por todos los caminos» en la imagen de un blanco cordero. Con las gaviotas, en las brisas, en todo lo que viaja, le envía un mensaje de gran fervor. En su sicología quedó sembrada esa irradiante gracia femenina, de índole espiritual:

*Y es que con tu lozano frescor de primavera
tu gracia fue como una victoriosa bandera
clavada en lo más hondo de mi melancolía.*
(«A la eterna»)

¿Fue única o fue múltiple? Su validez estética no crece ni disminuye en un caso o en el otro y lo más probable es que «la eterna» sea una síntesis de las cualidades más admiradas por el poeta, por esos ajustes con que los seres hipersensibles suelen resumir en un concentrado esencial todos los sumos vivenciales con que en su trayectoria se han abastecido de la experiencia, de la literatura y las otras artes, y del sueño. La mujer singular o plural en la obra de arte viene a ser una abstracción, y por lo mismo puede llegar a través del mito a constituirse en universal y eterna como Helena, como Beatriz, como Dulcinea, como Julieta, como Margarita, como Eloísa, o como la misma Afrodita de la belleza y del amor, amada de escultores, de pintores y de poetas, todas las cuales han rebasado con creces los límites entre lo real y lo imaginario, pues la existencia artística sobrevive y excede sin tasa el mínimo fragmento espacio-temporal que le es dado al ser humano. La identificación de la última musa de Machado es una conquista histórica que da un nuevo relieve a la biografía, que ayuda a observar la gestación de la obra, pero que no hace falta para sustentar la perennidad del ente lírico, cuyo único nombre será siempre Guiomar. Si la creación artística rebasa el modelo, este pervivirá inclusive como enigma, como en el caso de la indescifrable sonrisa que inmortalizó Leonardo. También la caracterización de nuestra Anayansi es más ficción que historia: desde el bello nombre novelesco que en *El tesoro del Dabaibe* le dio Octavio Méndez Pereira a la hija del cacique Careta, amada de Vasco Núñez, hasta los ojos verdes

de la indígena que anunciaron a Balboa la existencia y la proximidad del Mar del Sur, según *La leyenda del Pacífico*, de Ricardo Miró. ¿Cuántas hubo y a qué nombres respondieron las mujeres de las églogas de Garcilaso, de las rimas de Bécquer, de los *Veinte poemas* de Neruda? En casos como estos la información erudita no afecta la actitud receptiva lograda por la obra misma cuando esta libera a sus criaturas de las señas de identidad exteriores, como suele ocurrir en la lírica intimista. Es solo la mujer, es ella en cuanto categoría estética, más concreta que el tiempo y el espacio, más inexorable que la muerte, más fecunda que la vida, inspiradora, donante y receptora de la emoción que el lenguaje intenta expresar. Residente de la obra, transita por sus vías bajo distintos ropajes, esquivando con sus cambios de luces la curiosidad biográfica de los lectores inocentes.

Otros temas de gran hondura adensan el nocturno «En la alta noche», el más maduro de los poemas de Miró, donde se dan cita, ya muy depurados, los elementos del paisaje que motivaron siempre su poesía, solo que ahora desdibujados en la penumbra de un claro de luna que presta la iluminación precisa para que se difuminen los contornos de las verdades insalvables, como la soledad y la muerte. El acento de nostalgia que le fue característico ha alcanzado una elegancia superior que se transmite de la intimidad del gesto. Constituirá este poema una de las atracciones principales cuando se haya explotado la veta política que aún espera en *La voz de la raza*, aunque en este el tono grandilocuente disuena frente al lenguaje coloquial que hoy prevalece. Por su parte los sonetos de *El poema divino* son magistrales por su concepción y su forma expresiva.

La influencia de nuestro bardo en el quehacer literario istmeño no fue visible porque surgió en el instante crucial en que el posmodernismo cedía el paso a las diversas corrientes que pueden englobarse bajo el nombre genérico de vanguardismo y así su última producción, *Caminos silenciosos*, se editó el mismo año que *Onda*, de Rogelio Sinán, la primera obra vanguardista istmeña. El cambio fue radical, y en nuestro país, repentino, a diferencia del lento proceso cumplido por la poesía social que hoy predomina.

En uno de los capítulos finales de mi libro *Aproximación a la poesía de Ricardo Miró* (1973) incluyo y comento algunos fragmentos de las críticas que en su hora recibieron los poemas de nuestro bardo. Confrontadas con las que ahora ha promovido el centenario, se advierte que las observaciones varían, pero las preferencias coinciden sorprendentemente, si bien se ha superado mucho el subjetivismo de que adolecían las valoraciones de entonces.

La Academia Panameña de la Lengua se honra en ofrecer a la nueva sensibilidad esta edición antológica de una obra semicubierta por esa bruma envolvente que hizo decir a Bécquer que «mientras haya un misterio para el hombre, / habrá poesía». Porque mientras no se sacie la sed de conocimiento y de emoción artística que la poesía de Miró suscita en el pueblo que constituimos, siempre deleitado con tan genuina y alta virtud expresiva, habrá búsquedas y exégesis que responderán a esa apetencia, con las concepciones, enfoques y métodos nuevos que cada época aporta al devenir de la cultura.

*Panamá, noviembre de 1983,
año del centenario de Ricardo Miró*

Poesía selecta

RICARDO MIRÓ



La selección de estos poemas estuvo
a cargo de los académicos:

Elsie Alvarado de Ricord
Ricardo J. Bermúdez
José Guillermo Ros-Zanet

A light gray decorative border with intricate floral and scrollwork patterns, framing the central text.

· I ·

Sonetos

Las guacamayas

Las guacamayas pasan como rotos pedazos
de una bandera en alas de violento huracán:
de oro las cabezas, de azul de mar los brazos,
y las colas del rojo trágico de Satán...

La tarde se desploma cayendo en los ocasos
y el crepúsculo asume violencias de volcán,
mientras las guacamayas, con indolentes trazos,
se van por el celeste de los cielos, se van...

Vienen de Guatemala... Tal vez de Nicaragua...
Y son cual gallardetes que el crepúsculo fragua
batidos por quién sabe quién en la inmensidad.

Y en la gloria del sol, el pensamiento mío
se las finge dos póstumos sonetos de Darío
de paso, por mi patria, hacia la Eternidad.

(1904)

La última gaviota

Como una franja temblorosa, rota
del manto de la tarde, en raudo vuelo
se esfuma la bandada por el cielo
buscando, acaso, una ribera ignota.

Detrás, muy lejos, sigue una gaviota
que con creciente y pertinaz anhelo
va de la soledad rasgando el velo
por alcanzar la bandada, ya remota.

De la tarde surgió la casta estrella
y halló siempre volando a la olvidada,
de la rauda patrulla tras la huella.

Historia de mi vida compendiada,
¡porque yo soy, cual la gaviota aquella,
ave dejada atrás por la bandada!

(1905)

Alma de oro

«no camines
descalza cuando vayas por los montes,
que en los montes florecen las espinas
y zarzas...»

Señor, mi Dios, ¿en dónde podré encontrar aquella
olímpica tristeza que presidió su vida?...
Fue dolorosa y muda, lo mismo que una herida;
brillaba sin saberlo, lo mismo que una estrella.

Grabada está en mi mente su indefinible risa;
aquella amarga risa llena de dulce encanto,
que no sé si era risa húmeda toda en llanto,
o acaso alguna lágrima que se volvió sonrisa.

Creyó la vida llena de pétalos de rosa
y desnudas sus breves plantas de seda y rosa
cruzó por los senderos tras de bellos mirajes,

y cayó, con su amarga risa en los labios rojos,
con los pies destrozados por todos los abrojos
y el alma desgarrada por todos los ultrajes.

(1907)

Brisas de primavera

Cuando pasa Mimí con su sombrilla
color de perla con encajes rosa,
si la miro, su sangre tumultuosa
le retoza en la diáfana mejilla.

Por verla me detengo, y la chiquilla,
como una colegiala maliciosa,
se recoge la falda rumorosa
y descubre la ebúrnea pantorrilla.

Mi alma, toda entera, se estremece
blandamente, lo mismo que se mece
el lirio acariciado por la brisa.

Y Mimí, con un modo que provoca,
vuelve la faz, en tanto que su boca
dibuja una diabólica sonrisa.

(1907)

Sonetos a don Rubén Darío

I

Nos habló de París... de aquel sonoro
París que las leyendas me pintaban,
y sus palabras al brotar, brillaban
como un tropel de mariposas de oro...

Ante la absorta juventud en coro,
sus ojos sibilinos chispeaban
mientras que todas sus Margots pasaban,
recatándose el rostro con decoro.

De pronto de su boca salió un trino,
y ante el cinematógrafo divino
todos quedamos sorprendidos, mudos.

Porque bajo su mágica palabra
bailó una danza exótica y macabra
la bailarina de los pies desnudos...

II

No lo escuchaba ya... La Poesía
bocetaba en mi espíritu risueños
panoramas, en tanto que en los ceños
de todos, destellaba la alegría...

Yo pensaba en París, donde algún día,
flameando el pendón de mis empeños,
quizás naufragaré lleno de ensueños,
lleno de música y melancolía...

Tuve un vago temor, tuve la idea
de que siempre sería entre mi aldea
un burgués, cazador de la montaña...

Bajé la frente, dije adiós a Europa,
mientras del fondo de mi limpia copa
subía en humo el alma del champaña.

(1907)

Mística

Para Carlota Werther

Una Capilla inmemorial. El día
se asoma con cautela a los cristales
y deshace en los místicos misales
una sonrisa llena de alegría.

Hacia un confesionario, por la umbría
nave, con pasos tardos, desiguales,
llorosas las pupilas sepulcrales,
cruza la Hermana Sor Melancolía.

Una mano invisible y sabia hiera
el órgano, que empieza un miserere
lleno de angustia y de dolor acerbo.

Y apretando en los dedos el rosario,
gravemente, para el confesionario
va el padre confesor: Amado Nervo.

(1907)

Frinea

Sobre la roja arena la inmensa muchedumbre
se agita y se revuelve... Las núbiles flautistas
tañen sus flautas llenos los dedos de amatistas
que brillan blandamente con desmayada lumbre...

Prodigan los camellos su grave pesadumbre,
Homero corre en boca de todos los arpistas,
mientras que van buscando los jóvenes artistas
la línea, el claro verso que como un sol deslumbre...

De pronto se oye un vago murmullo, y al momento,
como un campo de espigas mecidas por el viento
se estremecen las turbas, nerviosas, intranquilas...

Porque ante el sacro templo que como un cisne albea,
aparece desnuda la olímpica Frinea,
serena bajo el peso de treinta mil pupilas.

(Preludios, 1908)

Alejandro

Caracolea Bucéfalo... La rabia lo sofoca;
su casco hurga en la arena que el sol tornó dorada,
mientras que bajo el freno su belfo se retoca
con un festón luciente de espuma ensangrentada...

Alejandro –jinete– tiene apostura airada,
y advierte la pupila, si con sus ojos choca,
que el uno, negro y duro, hierde como una espada,
y el otro, azul y tierno, besa como una boca.

El potro se estremece, bate al aire las crines,
levanta las orejas como si cien clarines
escuchara, y arranca con galopar sonoro...

Y ante la vista absorta de la aguerrida gente,
Alejandro y Bucéfalo se pierden de repente
tras la arena que se alza como una nube de oro...

(Preludios, 1908)

Tu recuerdo es piadoso

I

En vano, en vano trato de olvidarte... Persiste en mí el grato recuerdo de tu imagen radiosa, lo mismo que persiste la nota melodiosa en las concavidades de una bóveda triste.

Un día sobre el yermo de mi vida surgiste, y como aquella samaritana bondadosa, acercaste a mis labios el agua milagrosa de tus besos más dulces y luego... te perdiste.

A veces un recuerdo que surge de lo ignoto, desenvuelve a mis ojos aquel tiempo remoto en que alegraron mi alma tus risas argentinas.

Porque entre los escombros de mis sueños más puros tú eres como esas yedras piadosas que en los muros cubren la desolada desnudez de las ruinas.

II

Señora: no renueves el daño que me hiciste;
no avives sobre el yermo de mi vida tediosa
la huella de tus pasos, amable y luminosa,
que a través de los años en mi ánima persiste.

No tienen sed mis labios... el agua que me diste
de tu ánfora repleta de savia milagrosa,
sació todas las ansias de mi alma dolorosa...
y por eso, señora, estoy enfermo y triste.

Tú fuiste alegre y blanca; me diste tu belleza,
y yo en mis amarguras te colgué mi tristeza
como un manto de luto sobre los níveos hombros.

De entonces, al mirarte girar sobre mis ruinas
me finges una de esas joviales golondrinas
que alegran la infinita mudez de los escombros.

(Preludios, 1908)

El verso

A un poeta joven, amigo

No es el verso corcel que se desfrena
ni vendaval que loco desata,
ni tampoco rugiente catarata
que suelta al sol la trágica melena.

Es la fuente cantando en la serena
tristeza de la noche su sonata,
el rayo melancólico de plata
de la luna, dorándose en la arena.

Pule tu inspiración que es un gran bloque,
y verás cómo salta a cada choque
del cincel un reguero rutilante,

y haz de tu verso de oro una sortija
en donde irradie transparente y fija,
la idea como un nítido brillante.

(1910)

Las garzas

A Víctor Manuel Alvarado

Bajo el cristal azul de la serena
tristeza de la noche no hay ninguna
inquietud. El amor y la fortuna
florecen bajo de la luna llena.

Silenciosas, como ánimas en pena,
a orillas de la diáfana laguna,
dormitan, embrujadas por la luna,
las garzas, sobre el oro de la arena.

Mañana, cuando el sol prepare el vuelo,
brillará su pupila ebria de cielo;
y en su mudez eterna, sin un grito,

abriendo al aire su plumón de seda,
alzarán una blanca polvareda
en los campos de luz del infinito.

(1910)

A la eterna

Tu rostro me acompaña, tu sombra va conmigo,
conmigo va la música divida de tu acento;
y si respiro me hallo tu perfume en el viento
y escucho tus pisadas, detrás por donde sigo...

Adonde quiera vaya buscando paz y abrigo
me alcanza el delicioso contacto de tu aliento,
porque te llevo toda dentro del pensamiento
¡como si amarte fuera pecado a tal castigo!...

A veces he querido tirar todo muy lejos
como se tiran flores o versos ya muy viejos,
y entonces ha brotado sangre del alma mía...

Y es que con tu lozano frescor de primavera
tu gracia fue como una victoriosa bandera
clavada en lo más alto de mi melancolía.

(Segundos preludios, 1910)

Colón simbólico

Al monumento del Puerto de la Paz en Barcelona

Por sobre ocho leones que en bélico desplante
sacuden la aspereza de su melena oscura,
al fin de la columna destácase la dura
figura de Cristóbal Colón el navegante.

Tendido el duro índice de bronce hacia adelante,
cuando la brisa bate su recia vestidura
en la callada noche, parece que murmura
palabras misteriosas la voz del Almirante.

Pasaron cuatro siglos desde que tendió la mano
y sobre frágil nave atravesó el océano
hasta pisar las costas de América bravía;

mas quién sabe qué cosas miró su genio entonces,
cuando, tras cuatro siglos, Colón, fundido en bronce,
tiende para la América su dedo, todavía.

(1912)

Cleopatra

Eres Cleopatra joven que por burlar la historia
regresas de los siglos radiante de belleza,
desde el dorado casco que ciñe tu cabeza,
hasta tu pie, que siempre camina hacia la gloria...

Copiaron las palmeras tu leve aristocracia,
las garzas le ofrecieron plumón a tu cimera,
y el Nilo fue gimiendo detrás de tu galera
para que lo dejaras reproducir tu gracia.

Cuando surgió el encanto de tu imperial cabeza,
eras, viva, la reina que erguida en su belleza
dejó un antiguo imperio bajo su pie deshecho;

y para hacer la gloria de la ilusión completa,
subió una serpentina nerviosa e indiscreta
y se enroscó en el blanco prodigio de tu pecho.

(1912)

Lo imposible

Puede volver la barca que ligera
se va a la inmensa soledad marina;
puede volver la parda golondrina
a la ruina, al volver la primavera...

Puede la casta estrella luminosa
que se fugó por miedo a la mañana,
aparecer de nuevo en la lejana
extensión, más radiante y más hermosa.

Pueden también las rosas purpurinas
brotar de nuevo entre un erial de espinas
sobre la rama descarnada y trunca...

Lo que no puede ser es que a su nido
vuelva un amor en viaje hacia el olvido,
¡que un amor que se va no vuelve nunca!

(1913)

Alma judía

Sarah, Judith, Rebeca, acaso Helena,
el nombre prestigioso que culmina
sobre tu joven gracia peregrina
de judía, diabólica y morena.

Apenas roza la menuda arena
el marfil de tu planta danzarina
como bailando al son de una divina
arpa de amor que en tus entrañas suena...

Botón de Salomé que el viento quiebra
en voluptuosidades de culebra
por la cintura mórbida y torneada:

¡quién sabe sueñas con bailar desnuda
alzando al aire, entre tus dedos, muda,
mi pálida cabeza ensangrentada!

(1914)

Paisaje

Apenas si se advierte la plantilla
flotando sobre la onda. Es oro puro
que a ras del mar, de un esmeralda oscuro,
como una cinta luminosa brilla.

Y sobre ese retazo de la orilla
que sin rumbo parece e inseguro,
tienden al viento su penacho duro
diez palmas, desplegadas en guerrillas.

Tal como una encendida fortaleza
el ocaso se vuelve una pavesa
entre humo, sangre, y oro, y seda, y raso;

y parecen las épicas palmeras
un tropel victorioso de banderas
en marcha, sobre el mar, hacia el ocaso.

(1916)

Todo se enciende bajo el sol

Todo se enciende bajo el sol: la gota
de agua luminosa y transparente
y el chorro melodioso de la fuente
que en un murmullo de placer se agota...

Todo se enciende bajo el sol: la rota
quilla olvidada en el playón ardiente
y la pluma, que en viaje, eternamente
entre los mares y los cielos flota...

La estrella en lo profundo de los cielos,
el doloroso adiós de los pañuelos
que a riberas ignotas se encaminan,

todo se enciende bajo el sol... Apenas
tus pupilas hermosas y serenas
ni bajo el sol al verme se iluminan.

(Segundos preludios, 1916)

Mujer romántica

Ella fue una romántica perdida
que amó los versos y adoró las flores
y que llenó de pájaros cantores
el jardín silencioso de su vida.

Amó una vez y –candidez divina
que tienen la mujer y la paloma–
tomó la rosa y aspiró el aroma
sin sospechar, tras de la flor, la espina.

Después, calladamente, tristemente,
cerró los labios y bajó la frente,
y ante la verde mar murmuradora,

esperando la vuelta prometida
se fue quedando, sin sufrir, dormida,
como un pomo que al viento se evapora.

(Segundos preludios, 1916)

La Venus de los siete espejos

El sol, en las cornisas de turbios oros viejos,
despuntó el frío dardo de su última saeta,
y fue la tibia alcoba llenándose en discreta
penumbra, salpicada de pálidos reflejos.

Llegaste, y en la luna de todos los espejos
multiplicose al punto tu olímpica silueta,
y yo sentí en el alma, de pronto, una secreta
ansia de estar sin ojos, de haber estado lejos...

¡Cómo abrió el ojo ávido la bomba nacarada;
cómo fue adivinándose tu carne sonrosada
al caer de las sedas tenues y rumorosas!

Y al fin, esbelta y única, insigne y soberana,
fulgió en los siete espejos tu desnudez pagana
de seda, y oro, y lirios y mármoles, y rosas.

(1917)

Tus ojos

¿El lago?... ¡Nunca!... El lago no pudiera
competir con tus ojos soñadores...
Tus ojos tienen sombras y fulgores:
son dos lagos al tiempo que una hoguera.

¿El mar?... ¡Tampoco!... El mar tiene ribera
que se llena de pájaros y flores,
y en tus divinos ojos turbadores
se fatiga volando la Quimera...

¿El cielo?... Acaso el cielo, por ser cielo,
se atreviera un momento, envanecido,
a asomarse a tus ojos con recelo;

y ante tus ojos diáfanos y bellos,
vería el mismo cielo, sorprendido,
que falta cielo para verse en ellos.

(1917)

Melancolía

Hoy lo mismo que ayer... Tal vez mañana
recordarás con pena este pasado,
cuando ya esté mi corazón helado
y cuando tenga la cabeza cana.

¡Y pensar que yo pude en tu ventana
ser el galante trovador soñado
y así como Romeo enamorado
oír cantar la alondra en la mañana!...

Tu juventud se va; se va la mía...
y mientras muere, sobre el mar, el día
me torturo en pensar que estás muy lejos,

en que nos mata idéntica congoja,
y cada tarde azul que se deshoja
nos deja más sombríos y más viejos.

(1917)

Imposible

Tú no verás sus íntimos pudores,
ni sentirás en tu hombro su cabeza,
ni borrarás la sombra de tristeza
del fondo de sus ojos soñadores.

Como a los solitarios pescadores
el lucero que finge una turquesa
errabunda, su mágica belleza
siempre errará en tu noche de dolores...

Fugaz paloma, muda garza en vuelo
su amor, apenas te dará el consuelo
de recordar en noches estrelladas

que un día, el más hermoso de la historia,
llegaste ante las puertas de la gloria
y las halló tu corazón cerradas.

(1918)

Similitudes

I

¡Son iguales un río y una vida!...
Y hay en las inquietudes de los ríos
remansos melancólicos y umbríos
en donde el agua está quieta y dormida.

Allí la frágil hoja desprendida
navega en blandos círculos sombríos;
allí viene a ocultar sus amoríos
la garza que en las márgenes anida.

Riela allí la primera luz del día
como una gran sonrisa de alegría
en las mañanas diáfanas y bellas.

Y allí, de lo profundo de los cielos,
bajan, sin sobresaltos ni recelos,
a bañarse la luna y las estrellas.

II

En el torrente f3rvido y sombrío
de las revueltas horas de mi vida
que viaja, hacia la muerte desprendida,
tal como viaja hacia la mar un r3o,

tambi3n se forma a veces el umbrío
remanso donde el agua, adormecida,
sueña en la sombra y a soñar convida
al coraz3n, errante en el vac3o.

Entonces, como pasa una cigüeña
sobre el cristal del agua cuando sueña
bajo el azul celeste de los cielos,

pasa tu imagen, blanca y silenciosa,
como la encarnaci3n maravillosa
de todos mis pret3ritos anhelos.

III

En mi estancia, sombría y silenciosa,
sobre el papel de un viejo verde oscuro,
tengo, crucificada sobre el muro,
una frágil y oscura mariposa.

Cuando lleva hasta allí la cariñosa
brisa de mi jardín su aliento puro,
me parece mirarla, en inseguro
y nervioso volar, de rosa en rosa.

Muchas veces al ver crucificado
ese pétalo fino y delicado,
cuando advierto el amargo desaliño

de sus alas en cruz, que el sol no alegra
pienso en mi alma, mariposa negra
que tú crucificaste en tu corpiño.

(1921)

Bandera inútil

Como galeón que enarboló, altanera,
su bandera en el mástil soberano,
y llevó –de un océano hasta otro océano–
en triunfo, la ilusión de su bandera,

así fui yo en mi loca primavera
de un término a otro término lejano,
siguiendo con afán un sueño vano,
un mito, una ilusión, una quimera.

Hoy el galeón, sin rumbo ni destino,
sigue como fantasma su camino
quién sabe hasta qué orilla suspirada;

mientras la luz piadosa del poniente
llega a jugar, caritativamente,
con la inútil bandera enarbolada.

(1924)

Felicidad

Lirio gentil de mayo, rosa de Alejandría
que el tiempo, inexorable, comenzó a deshojar,
Felicidad, estaba frente a la mar un día,
en la mano la flácida mejilla de azahar...

Su muerta primavera nunca regresaría...
Sus ensueños de joven no habrían de tornar...
Mientras... como un suspiro, en la azul lejanía
la tarde iba buscando en dónde agonizar...

Brilló una pura estrella cual lágrima de hielo;
el ala de una garza cruzó el azul del cielo
y una columna de humo manchó, lejos, el mar...

Felicidad, entonces, despertó de repente
y se quedó mirando, mirando ansiosamente,
y se cubrió los ojos... ¡y se puso a llorar!...

(1927)

Eterno encanto

Cada mujer que pasa por mi lado
me deja una inquietud honda y sincera.
¿Es ella, acaso, la que ha tiempo espera
el pobre corazón ilusionado?

Pero apenas tenido el bien soñado
se deshace cual humo la quimera
y el alma, entonces, clama, plañidera:
—¡Corazón, otra vez te has engañado!

¿Más que importa que el alma noche y día
se embriague de dolor o de alegría
si quiere al fin nuestra menguada suerte

que en viaje a la celeste lontananza
crucemos, sonriendo a una esperanza,
las calladas fronteras de la muerte?

¿Amor?

Una vaga inquietud; un misterioso
temor; como un feliz presentimiento;
un íntimo y recóndito tormento;
una pena que acaba en alborozo...

El sofocante nudo de un sollozo
perenne en la garganta; el sentimiento
de un dolor que se acerca; el pensamiento
lleno de luz, de júbilo, de gozo...

Una contradicción honda y oscura
que me llena la vida de amargura,
que mata toda luz y toda idea;

que turba toda paz, toda alegría;
pero... Señor, que sabes mi agonía:
¡si todo esto es amor, bendito sea!

Soneto al atardecer

Desde que vi tu diáfano pañuelo
mandándome un adiós tengo una pena
tan callada, tan mía, tan serena,
que ya más que una pena es un consuelo.

Miro al azul, y me entristece el cielo;
miro hacia el mar, y el mismo mar me apena,
y hasta la luna, para mí tan buena,
hoy agrava mi sordo desconsuelo.

Porque viendo el azul quiero ser ave;
porque viendo hacia el mar quiero ser nave
e ir hacia ti, movido por las brisas;

porque miro a la luna y sé que ahora
pone en tu blanca frente soñadora
la más pura de todas sus sonrisas.

Recalando

Vienes a mí cuando la tarde empieza
a melancolizar sobre mi frente,
y cuando alguna cana, ya impaciente,
asoma, plateando mi cabeza.

Ni violento dolor ni honda tristeza
me asaltan al llegar a la pendiente,
y sigo a mi final serenamente,
bajo el sol de tu gracia y tu belleza.

Trovador rezagado en las edades,
crucé caminos, visité ciudades,
y a todas partes me siguió el hastío.

Y hoy, tranquilas el alma y la conciencia,
me refugio en tu cándida inocencia
como en un puerto el náufrago navío.

Retazo

Hora de hacer la crónica. Me siento
frente al balcón. La tarde ya declina
y no cruza una sola golondrina
el cielo, turbio, de mi pensamiento.

Pensar, siempre pensar. El cruel tormento
del cerebro punzado por la espina;
pero se asoma al frente la vecina
como la blonda aparición de un cuento.

Yo me quedo mirándola. Tan pura
es su celeste y diáfana hermosura,
y tal candor en su mirar destella,

que yo, viéndola, pienso que soy bueno
y que Dios nos atrae hacia su seno
y que junta mi mano con la de ella.

En espera del ideal

I

Será como Beatriz, como Eloísa,
dulce a la vista, grave ante el halago,
y al sonreír tendrá su rostro un vago
resplandor celestial en la sonrisa...

Ingenua y pura, cándida y sumisa;
serena al triunfo, estoica ante el estrago,
y quieta y soñadora como un lago,
y blanda como el ala de la brisa...

Tendrá la amable suavidad del raso,
será tan cristalina como un vaso,
llena de abnegación, de fe cristiana;

para que un día trágico y distante,
cuando ya no me sirva como amante
sea a mi corazón como una hermana.

II

No me importa si rubia o si morena;
si de ojos verdes, negros o castaños;
si en la cumbre de luz de los quince años,
si de una grave madurez serena...

Será quizás, como era Magdalena
cuando sumó a los místicos rebaños,
y con tantos, tan hondos desengaños,
que a fuerza de sufrir ya sea buena...

Será como esas sombras celestiales
que en el insomnio de los hospitales
agostan su seráfica belleza;

y ella, ante el sacro fuego que la inflama,
se encenderá mi voz como una llama
de amor, del pie trivial a la cabeza.

Bajo la luna

Noche de luna, de quietud... Ni una
hoja se mueve en el jardín desierto,
y solo escucho al corazón despierto
palpitar de emoción bajo la luna.

Yo no sé si infortunio o si fortuna
es que en la paz solemne de este huerto
resurja, vivo, mi pasado muerto
a la voz sin palabras de la luna.

Una nota lejana que en el viento
suelta el hilo de seda de un lamento
parece, en el silencio, que te nombra,

y al ver mi sombra errar, sola, en la arena,
pienso inundado de una dulce pena
si acaso irá también sola tu sombra.

Tardes sentimentales

I

Sobre la cumbre helada de este olvido
que va invadiendo el tedio de mis horas,
ni las puestas de sol, deslumbradoras,
alegran ya mi corazón dormido.

Ni en las noches de luna, en cuya calma
se oyen gemir las hojas y las flores,
hallan un eco amigo los dolores
en la paz angustiosa de mi alma.

Yo quisiera saber a qué serenas
playas de muerte me encamino. Apenas
presiento que en la noche de este olvido

que va invadiendo el tedio de mis horas,
tus dos grandes pupilas soñadoras
alegrarán mi corazón dormido.

II

La palidez remota de la luna
se ha infiltrado en mi alma lentamente,
y hoy mi espíritu es claro y transparente
con la inmovilidad de una laguna.

Y como en casto lirio que el rocío
va llenando de gotas luminosas,
dejaron en mi espíritu las cosas
el cansancio de muerte del hastío.

Ya ni el dolor mi corazón alegra,
y en el bochorno de esta hora negra
solo sabe mi alma sin fortuna

reproducir tu imagen castamente,
cual reproduce el lago transparente,
la palidez remota de la luna.

Similitudes

I

Un mudo lago de cristal... Parece
bajo la niebla, que se tiende en blondas,
un nido inmenso de tristezas hondas
donde el silencio se propaga y crece.

Cuando el follaje oscuro se estremece
y se desprenden hojas de las frondas,
una sonrisa dolorosa mece
la negra superficie de las ondas.

De pronto, sobre el agua muda y quieta,
una garza sonámbula y discreta
cruza el lago en fantástica partida.

Y yo pienso: como esa garza triste
cruzaste silenciosa y te perdiste
por la calma infinita de mi vida.

II

Un silencio de muerte... La capilla
parece un gran sepulcro, desde el coro
hasta el altar, que surge con decoro
bajo una moribunda lamparilla.

De repente una loca campanilla
lanza en la calma, con su lengua de oro,
un mar de risas que en tropel sonoro
ruedan por la callada navecilla.

Yo me quedo pensando absorto, triste,
en la secreta afinidad que existe
entre ellos y nosotros, vida mía.

Porque soy la capilla silenciosa
y tú la campanilla bulliciosa
que llena mis silencios de alegría.



· II ·

Poemas mayores



Las garzas

En el cielo, velado de improviso,
la banda fugitiva se diseña...
(Tal mi vida: crepúsculo indeciso,
donde entre un fondo de dolor, diviso
alejarse una tímida cigüeña)...

Míralas... Su fatal melancolía
se disuelve en el raso de los cielos,
y al verlas agitarse se diría
que son como fantásticos pañuelos
con que al morir nos dice adiós el día.

Las garzas me enamoran... Son lo que huye,
lo intocado, que vuela y se evapora;
y como tras su marcha soñadora
un cansancio infinito se diluye,
el vuelo de las garzas me enamora...

En los lagos dormidos entre brumas,
cuando abre sus párpados la Aurora,
bajo la nieve casta de sus plumas
son el alma de luz de las espumas
y su blancor entonces me enamora...

Por no sé qué lejano simbolismo
sobre el escombro que el verdín colora,
la garza, pensativa, rememora
el alma misteriosa del mutismo
y entonces su silencio me enamora...

Cuando al morir la tarde se derraman
mientras el sol el infinito dora,
recuerda la bandada voladora
los sueños de las vírgenes que aman
y su inquietud entonces me enamora...

Las garzas me enloquecen... Su blancura,
su mudez, el dolor que las aqueja,
me empujan a quererlas con ternura...
Yo tengo la infinita desventura
de amar lo que se va, lo que se aleja...

Pero yo amo las garzas porque existe
un amable recuerdo en mi memoria...
Es el tuyo: tú fuiste blanca y triste,
y volando, en silencio, te perdiste
en el cielo sin nubes de mi historia.

(Preludios, 1908)

Patria

¡Oh patria tan pequeña, tendida sobre un istmo
donde es más claro el cielo y es más brillante el sol,
en mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la pequeña celda del caracol!

Revuelvo la mirada y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a ti me ha de tornar..
¡Quizá nunca supiera que te quería tanto
si el Hado no dispone que atravesara el mar!...

¡La patria es el recuerdo!... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

La patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al paso nos conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.

¡Oh mis vetustas torres, queridas y lejanas,
yo siento las nostalgias de vuestro repicar!
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, ¡torres más lejanas!
cantar como vosotras, cantar y sollozar.

¡La patria es el recuerdo...! Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

¡Oh patria tan pequeña que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón.
¡Quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
llevarte toda entera dentro del corazón!

(Barcelona, 1909)

Las gaviotas

Ensayando canciones o lamentos
las gaviotas se van, ebrias de bruma.
Jirones del azul, flores de espuma
deshojadas al aire por los vientos.

Quizás mañana cuando el nuevo día
llene de luz la inmensidad del cielo,
dejarán el cansancio de su vuelo
sobre las costas de la patria mía.

Y después, cuando el fuego de la Aurora
finja en el mar una lejana pira,
proseguirán en su celeste gira
a través de la mar murmuradora...

¿Adónde van?... ¿Por qué ajan el armiño
de sus alas?... ¿Qué anhelo las fustiga
si no han de hallar después de su fatiga
ni patria, ni recuerdos, ni cariño?

Quizás ignora su inconsciencia loca
que si se suelta en ira el oleaje
puede clavar la flor de su plumaje
como adorno en la cresta de una roca.

Pero no importa... Y van con sus canciones
como un himno de amor sobre el océano,
desdeñando en su orgullo soberano,
de gaviotas, fronteras y naciones.

¡Quién pudiera con cantos o lamentos
embriagarse de mares y de bruma,
jirones del azul, flores de espuma
deshojadas al aire por los vientos!

Así mañana, cuando el nuevo día
llenara con su luz el ancho cielo,
dejaría el cansancio de mi vuelo
sobre las costas de la patria mía.

(Barcelona, 1910)

El poema divino

A Guillermo Andreve

El rubor de Jesús

La casa de Simón se mira llena
de gente, que en puntillas se levanta,
pues todos quieren escuchar la santa
palabra de la boca nazarena.

De pronto hay un murmullo de colmena,
es que con paso grave se adelanta
y de Jesús ante la humilde planta
se arrodilla la hermosa Magdalena.

Y cuentan que el castísimo rabino
al sentir en sus pies de peregrino
el suave roce de la rubia trenza,

entornó las pupilas blandamente,
y como oyera murmurar la gente
enrojeció de súbita vergüenza.

Magdalena

Magdalena era un lirio que entreabría
su cáliz al amor, como en la noche
abren los astros su encendido broche
solo para cantarle a la alegría.

La rubia cabellera le caía
como un manto imperial, en un derroche
de oro y de perfume... Era un reproche
su voz llena de amor y de armonía.

Sobre la palidez de sus ojas,
sus pupilas cargadas de quimeras
tenían yo no sé qué desconsuelo...

Y era traidora: tal una laguna
que a la luz soñadora de la luna
copia la gran serenidad del cielo.

Jesucristo

El más dulce de todos los rabinos,
–Jesús– envuelto en misteriosa lumbre,
predicando el amor, la mansedumbre,
ajó la rosa de sus labios finos.

Su sombra fue por todos los caminos;
y él, de tanto mirar la muchedumbre,
ya tenía su oscura pesadumbre
impregnada en los ojos sibilinos.

Risueña barba, luminosa de oro,
envolvía con místico decoro
su faz entre una enredadera loca;

y ante la absorta gente que lo oía,
la enredadera de oro florecía
rosales de ternura por su boca.

El encuentro

Como una mariposa de oro y raso,
como una gigantesca mariposa,
la tarde iba volando, presurosa,
a quemarse en las llamas del Ocaso.

Suelto el cabello que con áureo lazo
cerraba su garganta primorosa,
Magdalena, la rubia licenciosa,
cruzaba el campo con sereno paso.

De pronto, como un nimbo de destellos
que la tarde ponía en sus cabellos,
Jesús apareció sobre el camino,

y trémula de amor y de ternura
se desprendió la pródiga hermosura
tras de la huella del Pastor Divino.

La confesión

Del brazo de Jesús va Magdalena,
y se ven sus cabezas tan unidas,
que sus sombras, absortas, distraídas,
una sola parecen en la arena.

JESÚS —Dicen las gentes que no has sido buena,
y aunque hay bocas que cuentan tus caídas,
tus pupilas azules y dormidas
no me hablan de maldad, sino de pena.

MAGDALENA —Fui con el corazón puesto en las manos
dando mi alma y mi sangre a mis hermanos,
porque encuentro en ser buena mi alegría;

mas si amar en el prójimo es pecado,
perdóname, no tanto porque he amado,
Señor, sino porque amo todavía...

La tentación

Bajo la blanca luna que con vuelo
de paloma cruzaba el infinito,
era la voz de Magdalena un grito
lleno de angustia y de amoroso anhelo.

Jesucristo tembló. Quizá en el cielo
con su pluma de oro, un aerolito
dejó a sus ojos en la sombra escrito
algo que lo llenó de desconsuelo...

Y quedose clavado en la llanura
mientras que Magdalena, con ternura
posaba en él sus dos pupilas bellas;

y el Divino Pastor, todo encendido
tembló, cual si lo hubieran sorprendido
para verlo de cerca, dos estrellas.

La mañana siguiente

La mañana siguiente, una serena
mañana, luminosa y cristalina,
predicaba el Maestro su doctrina
de mansedumbre y bondades llena.

No advirtió la pupila nazarena
que envuelta entre la gloria matutina
a lo lejos venía la divina
escultura triunfal de Magdalena.

Ella avanzó con planta cautelosa
y por sobre la turba religiosa
los ojos puso en la cabeza santa,

y un instante, fugaz e imprevisto,
palideció al mirarla Jesucristo
y se anudó la voz en su garganta.

(1914)

El poema eterno

Dedicado a Roberto Lewis, artista

I

Jesús lo presentía.
(Su cabeza
fue la primera flor que rodó el día
en que cenaron trece en una mesa).

Nunca se vio más pálida blancura
sobre la frente de Jesús, sagrada,
ni nunca, nunca tuvo su mirada
tanta luz celestial, tanta ternura.

Y fue que acaso aquel que en dura guerra
unió en un haz la humanidad doliente,
aquella noche, milagrosamente,
mientras hollaba con los pies la tierra
iba rozando el cielo con la frente.

Todos estaban deslumbrados, mudos,
en torno de Jesús, que en un delirio
de amor hablaba... Parecía un lirio
entre los toscos pescadores rudos.

—Este pan es mi carne, y este vino
es mi sangre, y él presta ese divino
fuego de amor por todos, que me inflama...

Y las pupilas, a su voz, ansiosas,
iban como un tropel de mariposas
que vuelan a quemarse en una llama.

De súbito los ojos del rabino
se encendieron en una llamarada
que descubrió, tal vez, a su mirada
el final de su trágico destino;

porque su noble rostro de profeta
se fue transfigurando, se hizo una
flor... un nardo, una rosa, una violeta
que iluminara un rayo de la luna,

y con la voz más diáfana que otros
días, dijo:

—Mis horas son contadas
para entrar en el Reino de los Cielos,
porque os digo en verdad que entre vosotros
hay uno que es traidor... Y las miradas
de todos se buscaron con recelos

para verse a los ojos. De repente
en esa hora eterna y angustiosa,
Judas cruzó la sala silenciosa
y fue a Jesús y lo besó en la frente.

II

Aquella noche Jesucristo había
apurado el dolor hasta las heces
y lloró mucho... En la extensión sombría
su pupila febril ya no veía
la estrella rutilante de otras veces...

Y reclinó la frente pensativa
sobre el pálido lirio de su mano
y se quedó soñando... Era un lejano
pasado de oro y luz, en la nativa

Belén, en un pesebre... Y a los vagos
resplandores de un bello sol poniente,
se veía cruzar, borrosamente,
la caravana de los Reyes Magos.

Después... era una sala; unos doctores
atónitos, absortos ante un niño
de bucles de oro, de afiladas manos,
que decía con frases, que eran flores,
doctrinas de bondad y de cariño;
y aquel racimo bíblico de ancianos
doblabá ante el rubio haz de resplandores
sus cabezas proféticas de armiño...

Todo, todo pasaba en la dormida
y risueña Belén, cuando una pura
lágrima de dolor, una de aquellas
gotas llenas de hiel y de amargura
que compendian el llanto de una vida,

tembló un instante en sus pestañas bellas
y como resbalara a sus mejillas
copió al rodar el cielo y las estrellas.

Jesús alzó la frente, la mirada
clavó en la sombra de un cercano monte
donde un gallo lanzó su clarinada,
y se quedó mirando, sin ver nada,
hacia la cinta azul del horizonte...

De pronto, en la alta noche silenciosa,
se oyó una voz, un canto, un himno, un lloro
que de una boca juvenil de rosa
se desataba como un hilo de oro;

y el Profeta, nervioso e intranquilo,
se levantó sonámbulo, inconsciente,
y empezó a caminar pausadamente
como si lo tirasen de aquel hilo...

La voz cantaba... Jesucristo oía...
y el canto deshojaba en la distancia
yo no sé qué sutil melancolía,
mientras la voz cantora le traía
recuerdos de su aldea, de su infancia,
de otro tiempo mejor, de otras edades
cuando hablaba a la turba religiosa
a orillas del dormido Tiberiades.

Y la voz, tiernamente deliciosa,
cantando un canto triste como un lloro,
se desataba como un hilo de oro
en la paz de la noche silenciosa;

y el Profeta, calmado ya, tranquilo,
iba en un milagroso encantamiento
bebiéndose las frases en el viento
como si lo tirasen de aquel hilo...

Al cabo, sobre el oro de la arena
que cubría el camino como un manto,
apareció una sombra y se oyó el canto.
¡La voz era la voz de Magdalena!

Y bajo el cielo puro y transparente
en esa hora plácida y discreta,
la rubia de Magdala y el Profeta
se fueron acercando lentamente...

JESÚS —¡Cómo el acento de tu voz me encanta,
Magdalena...! Parece tu garganta
un nidal de celestes ruiseñores...

MAGDALENA —Diera mi pecho en vez de cantos flores
y os haría una alfombra ante la planta.

JESÚS —Yo sufría, tu voz vino en el viento,
y cada frase tuya me caía
como rosa deshecha en mi tormento.

MAGDALENA —¡Corazón de mujer nunca se engaña!
Adiviné tu duelo y tu agonía
y hace ya mucho tiempo que venía
persiguiendo tu huella en la montaña.

JESÚS —Y como está la noche tan serena,
tu voz, mezcla de música y fragancia,
llegaba a mí disuelta en la distancia

como el alma de luz de una azucena
desmayada de amor...

MAGDALENA —Y no me asombra,
que una canción sentida siempre es una
veredita de lirios y de luna
para hallarse dos almas en la sombra...

JESÚS —¡Cuánta paz dan tus frases, Magdalena!...

MAGDALENA —¡Corazón de mujer nunca se engaña!

Y los dos, sobre el oro de la arena,
bajo la noche plácida y serena
flanquearon la tétrica montaña.

III

Poco después, por los desfiladeros
que habían quedado lóbregos y mudos,
aparecieron unos hombres rudos
y torvos, y sombríos y altaneros.

En la sombra chocaban los aceros
con sonidos metálicos, agudos,
mientras sus recios músculos desnudos
hacían crujir la arena en los senderos...

Y así pasó tras del Amor a la Muerte...
Y cuando aquella tropa cruel y fuerte
calmó sus ansias de jauría, insanas,

del buen Jesús en las calientes huellas,
se desmayó la luz de las estrellas
sobre las hoscas águilas romanas.

IV

No quedaba siquiera ni una gota
de noble sangre en las exhaustas venas
cuando crujió su carne de azucenas
bajo la lengua del acero, rota.

Pero la sangre que en tan dura prueba
manó de las arterias del rabino,
fecundó para siempre en su camino
el fuerte grano de una raza nueva.

Vivió una vida de dolor humano
y al expirar murió divinamente,
doblegando en silencio la alba frente
como un sol que se hunde en el océano.

Y así quedó por fin, cual si quisiera
desde la cumbre trágica del monte,
con los brazos en cruz, al horizonte
ir a abrazar la humanidad entera.

Y así vive del tiempo en lo profundo;
que si un día la cruz salta en pedazos,
siempre se mantendrán sus blancos brazos
puestos en cruz sobre el dolor del mundo.

(Semana Santa de 1914)

Versos al oído de Lelia

Óyeme, corazón. En cada rama
del bosque secular se esconde un nido
o una dulce pareja que se ama.

Cada una rosa del rosal resume
un corazón, feliz o dolorido,
que de amor en la brisa se consume.

La estrella que nos manda sus reflejos
no hace más que volver con su luz pura
los besos que le envían desde lejos...

Todo tiembla de amor... Hasta la piedra
a veces se estremece de ternura
y se vuelve un jardín bajo la yedra...

* * *

No importa ser mujer o ser paloma;
ser rosa de Amatonte, estrella o palma,
importa tener alma y dar esa alma
en risas, en fulgores y en aroma.

Triunfa el amor sobre la muerte. Nacen
las rosas para amar, y hasta las rosas,
cuando al viento, marchitas, se deshacen,
se vuelven un tropel de mariposas.

Suspiro es un anhelo que, escapado
del corazón, se va a volar errante
buscando una ilusión que ya ha pasado
o algún sueño de luz que está delante...

Pues bien, la brisa pasa en blandos giros,
y no puede medir su pensamiento
la interminable tropa de suspiros
que viaja en cada ráfaga de viento...

Tú que tienes los ojos soñadores
como una noche tropical, asoma
tu corazón a todos los amores
y sé estrella, sé flor o sé paloma.

Y ya verán tus ojos asombrados
ante la tarde que en el mar expira,
cuán hermosa es la tarde, si se mira
con dos ojos que están enamorados.

La canción del marinero

Ya la barca abrió las alas, como un pájaro en la sombra;
se estremece como un águila que el vuelo va a comenzar
y me invita dulcemente... ¿Quién me llama?... ¿Quién me
(nombra?...

No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar...

El mar está pensativo... Se dijera una laguna
que se ha quedado dormida, de tanto, tanto pensar...
Yo me voy al horizonte para embarcarme en la luna
cuando la luna aparezca rompiendo el agua del mar...

Quiero irme lejos, muy lejos... Adonde ni el pensamiento
con sus alas poderosas me pueda nunca alcanzar...
La barca me está esperando con la vela abierta al viento...
No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar...

(6 de julio de 1915)

Si no hubo nada

Si no hubo nada... ya me despedía...
y al tenderle la mano ella me dijo:
¡Hagamos con tu mano y con la mía
una cruz!... Cuando estuvo el crucifijo
ella y yo nos miramos largamente,
y era tan dulce su mirar, tan hondo,
que un beso ingenuo se escapó del fondo
de mi ser, sin sentirlo, de repente,
y fue a posar su vuelo sobre el blondo
encanto de su mano transparente.

—Ya ves, si no hubo nada: una mirada
en que vi reflejarse un paraíso;
un ósculo, una cruz, un juramento
de amor, que no se hizo...
bromas, niñadas que se lleva el viento...
Ya ves... Si no hubo nada...

(Segundos preludios, 1916)

Blasón

Apenas soy un pálido felibre,
y canto en claros versos lo que siento.
Ni cóndor, ni león: estoy contento
con saber que soy hombre y que soy libre.

Hasta mi torre de marfil, sagrada,
ni llega el cieno, ni salpica el lodo:
bajo el peldaño de mi torre, ¡todo!
Sobre el peldaño de mi torre, ¡nada!

Como el Jesús de los sagrados cuentos
voy a cumplir sereno mi destino.
Como a él, los que erizan mi camino,
mañana lamerán mis pies sangrientos.

Que alcancen otros la gloriosa palma
buscando sombras y siguiendo huellas,
porque yo, cuando quiero ver estrellas,
me asomo al infinito de mi alma.

Ni nunca el odio me dejó rencores,
ni el amor, con halago, me domina,
pues sé que tras la flor está la espina
como tras de la espina están las flores.

Abierta el alma a toda primavera,
mi corazón, por dualidad gloriosa,
frente a frente al amor, es una rosa,
y encarado al combate, una bandera.

Como nada a mi stirpe martiriza,
ni nada turba mi real decoro,
tengo, para el canalla, fusta de oro,
para el calumniador, una sonrisa.

En marcha imperturbable a un fijo Oriente,
desdeño el hombro de la muchedumbre,
porque aprendí hace tiempo que la cumbre
va conmigo, a la altura de mi frente.

Así sé que al nacer a otros albores
y al disgregarme en átomos dispersos,
lo mismo que hoy de mi alma salen versos
saldrán mañana, de mi carne, flores.

(Segundos preludios, 1916)

Primer nocturno

Que callada está la noche: los árboles qué dormidos...
Ni una queja, ni un murmullo, ni un suspiro, ni un rumor...
Apenas si en el silencio se oyen, lentos, los latidos,
con que cuenta los segundos, impaciente, el corazón...

¿En dónde está? ¿Por qué tarda? ¿Será que mi dulce hermana
se ha extraviado en el camino, perdida en la lobreguez?...
¿Por qué no llega? ¿Qué angustia! ¡Cómo suena la campana!
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

Esta noche misteriosa está toda llena de ella:
los árboles y las cosas no la han podido olvidar;
en el banco, en el sendero, se adivina aún su huella,
y en el viento se respira su perfume de azahar.

Cuántas veces a lo largo de estas quietas avenidas
fuimos juntos, de la mano, jurándonos mutua fe...
Para amarnos precisaba prolongarnos a otras vidas:
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

¡Esta noche estoy qué solo, qué triste, qué dolorido!...
Por momentos me parece que otro ser distinto soy,
y es que en una sola noche toda una vida he vivido
pendiente de lo que dice, latiéndome, el corazón...

Tengo frío, frío y miedo... He escuchado que me nombra
una voz que antes oyera, sin saber en dónde fue,
y oigo pasos de fantasmas que desfilan en la sombra:
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

Si me fundiera en la sombra; si me perdiera en el viento
sin la carne dolorosa, sin el triste corazón...
¡Si me apagara por siempre como tímido lamento,
como lánguido suspiro, como trémulo rumor!...

¡Oigo voces en la sombra! (¿Serás tú, mi dulce hermana?)
¡Oigo pasos en la arena! (¿Si serán tus breves pies?)
Pero no: ya tú no vienes: me lo dice la campana:
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez

(Segundos preludios, 1916)

El poema del ruiseñor

Desde la rama del ciprés dormido
el dulce ruiseñor canta a la luna
y la invita a bajar hasta su nido.
Ya ves qué casto amor tan sin fortuna...
y eso que el ruiseñor, en un descuido,
puede llegar volando hasta la luna.

Envuelto entre la luz embrujadora
da al viento el ruiseñor todas las galas
que su garganta mágica atesora;
y la luna se vuelve toda escalas
de seda y luz... (La luna dizque ignora
que su dulce cantor tiene dos alas...)

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores.
Astro y pájaro, a un tiempo, están divinos...
y ella baja hasta él vuelta fulgores,
y él asciende hasta ella vuelto trinos...

Lleno de sombra y de quietud, como una
pupila abierta al cielo indiferente,
un retazo perdido de laguna
sueña en la fronda del jardín... Presiente
la pálida belleza de la luna
aquel espejo claro y transparente.

El ruiseñor solloza dolorido
envuelto entre la luz embrujadora
cuando calla, de pronto sorprendido,
porque desde la rama en donde llora
advierde que la luna se ha caído
y flota sobre el agua onduladora.

Calla el agua en los claros surtidores,
se aduermen los arroyos cristalinos
y se despiertan a escuchar las flores.
Luna y pájaro, a un tiempo, están divinos...
y ella asciende hasta él vuelta fulgores,
y él desciende hasta ella vuelto trinos.

El pájaro suplica, impreca y canta,
mientras se multiplica a maravilla
la flauta de su eglógica garganta...
y salta alegre al ver cómo se humilla
la luna que corriendo tras su planta
se viene sobre el agua hasta la orilla...

Ante el dulce deliquio que le miente
la luna, riendo en el cristal del lago,
loco de amor el ruiseñor se siente,
y respondiendo al amoroso halago,
hunde el pico en el agua transparente
y se bebe la luna trago a trago.

(Segundos preludios, 1916)

A Portobelo

Portobelo ilustre, léxico de piedra,
jardín de recuerdos, ciudad noble y fiel:
bajo tus espesas cortinas de yedra
dormita un pasado de eterno laurel.

En tu indiferencia grave y pensativa
no hay una pulgada donde no se advierta
el mudo vestigio de una historia muerta
o la roja llama de una gloria viva.

Pasaron los tiempos del real decoro,
la galantería, el fausto español,
cuando resbalaban las galeras de oro
como graves cisnes del País del Sol.

Hoy rompiendo apenas tu bahía mágica
—restos que un naufragio dejara al azar—
un mástil, a modo de una mano trágica,
asoma, crispado del fondo del mar.

¡Oh, tus fortalezas!... En épicas ruinas
se yerguen luchando con su aciaga suerte,
y ya solo rompen su quietud de muerte,
para hacer sus nidos, las aves marinas.

Tus viejos cañones que de cumbre en cumbre
llevaron sus ecos por el vasto mar
hoy duermen, cubiertos de olvido y herrumbre
soñando que se oyen de nuevo tronar.

En las medias noches tétricas y oscuras
vagan por tus calles sombras y visiones,
se escuchan murmullos, se oyen oraciones,
salidos quién sabe de qué sepulturas.

Y en las noches fúlgidas de nácar y luna
flotan sobre el ala tenue de las brisas
canciones y notas, palabras y risas
que turban en ecos tu quieta laguna.

Portobelo ilustre, patrio orgullo viejo,
jardín florecido de eterno laurel:
hoy solo te queda tu mar, limpio espejo
que te dice cosas que saben tú y él.

Por tu bella historia, roja y estupenda,
por tu breve vida de fausto y dolor,
eres, Portobelo, ciudad de leyenda,
ciudad de recuerdos y ciudad de amor.

(1918)

Nocturno II

¡Qué hora tan grata, qué noche tan pura!...
El alma se llena de dulces congojas
al oír la brisa que pasa en las hojas
diciendo palabras de vaga dulzura.

Te fuiste tan lejos, tan lejos, tan lejos...
que si regresaras a mi pobre vida,
tus ojos absortos, mi alma sorprendida,
verían qué pronto nos hicimos viejos.

La fuente del parque gimiendo te nombra;
te guarda el refugio grato del ciprés,
y cruza los quietos senderos tu sombra,
y fingen las hojas rumor de tus pies.

Un leve perfume errante en el viento
me dio –¡cuántas veces!– la extraña ilusión
de que descendías de mi pensamiento
hecha luz y carne llena de pasión.

¡Si vieras qué ingenuo, qué niño, qué blando,
qué puro me he vuelto de pensar en ti!...
Siento, cuando a solas te estoy recordando
que una luz celeste desciende hasta mí.

Tu amor ha rasgado para mí los velos...
Todo me habla dulce lengua singular...
La estrella me cuenta historias del cielo;
las olas me dicen leyendas del mar.

Hoy la brisa pasa con trémulo giro
que mece las hojas en dulce vaivén,
y el alma quisiera tornarse suspiro
para ir en las brisas a besar tu sien.

(1918)

Las palomas de San Juan

La abuela es toda blanca, blanca de tez y pelo.
Parece que se hubiera caído desde el cielo,
como caen los copos de la nieve, al balcón;
y ve llover el polvo de plata de las nubes,
mientras la luminosa bandada de querubes
de sus nietos, da el viento su cándida canción:

–Que llueva, que llueva,
¡oh, Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

La abuela se ha quedado pensando. ¡Pobre abuela!...
¡Cómo recuerda ahora las tardes de la escuela,
aquellas dulces tardes que ya no volverán!...
Y mientras va llenándose de luz su pensamiento,
llovidas de lo ignoto y en las alas del viento
retornan las menudas palomas de San Juan.

–Que llueva, que llueva,
¡oh, Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

La abuela es tan pequeña, tan cándida, tan pura,
que ya, más que una abuela, es una criatura
que regresa de un viaje muy largo, a comenzar;
y en este instante tiene los ojos como el día
en que hizo su primera comunión... ¡Se diría
que siente unos deseos tan grandes de jugar!...

–Que llueva, que llueva,
¡oh, Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

La aguja se le escapa de los exangües dedos
y siente que la invaden desconocidos miedos
–el temor de la nave que del puerto se va–;
y mientras llueve el polvo de plata de las nubes
gira la luminosa bandada de querubés
cantando el estribillo que ella no cantará:

–Que llueva, que llueva,
¡oh, Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

Al fin la abuela agita las manos impaciente:
las palomas le violan las canas y la frente
y adentro los recuerdos resucitando van;
y se fuga a la alcoba con paso torpe y lento
en tanto que –engañándose– dice con agrio acento:
¡Qué necias que son estas palomas de San Juan!

–Que llueva, que llueva,
¡oh, Virgen de la Cueva!
Los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.

(1919)

Garzas cautivas

A doña Oderay de Lefevre

En el patio andaluz, adonde apenas
penetra el sol en ondas fugitivas,
inmóviles, calladas, pensativas,
hay, como un par de enormes azucenas,
dos garzas melancólicas, cautivas.

Quién sabe si una noche, al escondido
juncal, cerca a la orilla melodiosa,
una mano llegó, vio al par dormido,
lejos la madre tierna y afanosa,
¡y arrebató los pájaros del nido!

Tal vez fue en el corral que en la ribera
levanta frente al mar su empalizada
donde un día, al nacer la primavera,
en la sorda explosión de una alborada
vieron la luz del sol por vez primera.

¡Y ellas no saben del azul! Sus huellas
no serán polvo de oro tras su vuelo
a la indecisa luz de las estrellas;
y con sus ojos tristes ven el cielo
y no saben que el cielo es para ellas.

Acaso si una mano, de repente,
las echara a volar, tras un momento
de supremo estupor, abriendo al viento
sus vírgenes plumajes, blandamente
se irían a embriagar de firmamento.

Pero no volarán, ni bajo el rico
oro del sol se encenderán sus galas,
ni ensartarán estrellas en el pico,
ni abrirán a la luna el abanico
blanco y maravilloso de sus alas.

¡Melancólicas garzas!... Y en el frío
patio sin luz ni sol, sobre las zancas
simbolizan la imagen del Hastío;
y ni siquiera saben que son blancas
porque nunca se vieron sobre un río.

Y allí, bajo las penas de sus galas
inútiles –libélulas de hielo–,
dormitan sin un ansia ni un anhelo
y no saben aún que tienen alas
y que las alas son para ir al cielo.

Melancólicas garzas que en el frío
patio sin sol ni luz, sobre las zancas
simbolizáis la imagen del hastío,
y que nunca supisteis que erais blancas
porque nunca os mirasteis sobre un río.

Hay almas cual vosotras que ni huellas
dejarán ni sabrán nunca del vuelo
que nos lleva a vivir con las estrellas,
almas que ven atónitas el cielo
y no saben que el cielo es para ellas.

Para ellas el oscuro, el escondido
patio andaluz en donde el sol no alumbra;
y van, cobardemente, sin rüido
y a través de una gélida penumbra
en viaje al mar sin playas del olvido.

(1920)

El responso a Margarita Krosty

Alma que nunca pude comprender;
alma que siempre huiste ante mis ansias;
alma llena de todas las fragancias;
alma divina de mujer:

Si hoy estás a la diestra del Señor,
si eres cordero blanco entre corderos,
ilumíname todos los senderos
de esta vía crucis de dolor.

Tú bien supiste que mi corazón
fue una fragante y encendida rosa
que prodigó su sangre generosa,
poniendo en todo su pasión.

Y yo, que un tiempo fui tu confesor,
y vi la boca abierta de tu herida,
sé que también tu dolorosa vida
se consumió solo de amor.

Pero imposible fue que entre los dos
floreciera el amor con sus espinas,
porque nos lo vedaron las divinas,
y sabias manos de Dios.

E hiciste un goce de tu padecer,
y mártir y heroína, santa y diosa,
fuiste fugaz, como una mariposa,
y dulce, cual toda mujer...

Cascabelera risa de cristal
llenó tu breve vida de ironía,
para apagarse, al fin, en la sombría
solemnidad de un hospital.

Y hoy solo queda ya de tu dolor
algún eco en mi espíritu enredado,
como queda en un vaso el delicado
y leve aroma de una flor.

Alma que nunca pude comprender;
alma que siempre huiste ante mis ansias;
alma llena de todas las fragancias;
alma divina de mujer:

Si Dios te quiso dar, al fin, el bien
que aquí en la tierra en vano perseguiste,
ruega por mí que voy errante y triste,
y solo, para siempre...

Amén

(1923)

Campanas de San Felipe

Campanas de San Felipe que sonáis en la distancia
entre nubes de recuerdos y celajes de candor:
en vuestra voz resucita la alborada de mi infancia,
cuando mi alma se entreabría como se abre una flor.

El Día de la Purísima, la mañana era de nubes,
de cánticos y de incienso, de fe, de paz y de unción;
y bajaba desde el cielo la bandada de querubes
a ponernos en los labios la primera comunión.

El diecinueve de marzo, la mañana era un sonoro
himno de risas y cantos, todo era música y miel,
mientras vosotras cantabais con vuestra lengua de oro
el santo de aquella santa llamada Sor Isabel.

Sor Eugenia, la menuda, iba por los corredores
como una pastora atenta, cuidando de su redil;
y había luz en los ojos, y había en las manos flores
y en las bocas sonrosadas un puro gozo infantil.

Sor Isabel, Sor Eugenia: ¿por qué ignotas y lejanas
regiones de luz celeste fuisteis en busca de Dios...?
Decídmelo a mí, campanas, viejas y dulces campanas
que, llorando, de la torre, les dijisteis vuestro adiós...

Por la tapia de la escuela se asoma el jardín florido
y sus ramas, al moverse, me convidan a pasar,
y yo llego hasta la puerta, miro al aldabón caído
¡y siento un miedo tan grande de levantarlo y llamar!...

Campanas de San Felipe: suena vuestro eco lejano
y no me habla ya, como antes, de inocencia y de candor...
¿En dónde está Sor Eugenia que me dejó de la mano?
Campanas de San Felipe, ¡decídmelo, por favor!...

(1924)

En la alta noche

Anoche deambulaba por la orilla del mar
y me encontré conmigo, y me puse a soñar...

La luna era un fantasma; el mar una laguna
donde fulgía un camino para ir hacia la luna;
y yo pensé, ante el ancho camino plateado:
¿vendrá por él la luna a soñar a mi lado?...

Sobre la noche quieta y en el viento, dormido,
mi rumor extraviado, ni susurro perdido...
Y estaba mudo el mar como desierto nido...

El humo voluptuoso del cigarrillo turco
subía en espirales trazando lento surco,
y por la escala azul bajaba una hebra loca
de la luna, en sigilo, y se entraba en mi boca;
y en la alta noche llena de paz y de fortuna,
yo, por dentro, me iba encendiendo de luna...

¡Encanto del misterio!... Encanto del profundo
silencio que permite oír rodar al mundo,
mientras van las estrellas corriendo una tras una
en pos del carro mágico donde viaja la luna...

¡Encanto del misterio!... ¡Honda felicidad
de olvidarse de todo en esta soledad
que incita a hacer el viaje hacia la eternidad!...

¡Pura dicha anhelada de estar lejos de todo,
y sacudir el polvo, y limpiarnos el lodo,
y sentir que nos vamos elevando... elevando...
sin comprender adónde, ni saber hasta
cuándo!...

Señor: yo ya no quiero nada, nada, ni amor;
porque el amor es simple motivo de dolor...

Dame tan solo paz; dame solo el olvido;
dame la gracia última de quedarme dormido,
por siempre, bajo tierra, en un lugar perdido,
donde no oiga palabra ni me turbe rüido...

(1926)

A la memoria sagrada de Nicolle Garay

Fuerza del espíritu de mi noble amiga
que libertado, al fin, de la carne mortal,
después de haber sido en la tierra espiga
se limpió del veneno de la ortiga
y se elevó a la Corte Celestial...

Fuerza del espíritu que parece ausente;
fuerza del espíritu que a su evocación,
en todo palpita, en todo se siente,
como si tuviera, protectoramente,
las alas abiertas sobre este salón:

Es a tu carne sin mancilla
–crisol de Dios, patena de su altar–
a lo que mi alma, puesta de rodillas,
le viene esta noche a rezar...

Pasó por la vida pura y sonriente
llevando en los labios, presa, su canción
y una estrella de amor en la frente
y en la mano, abierta milagrosamente,
la divina rosa de su corazón.

No quiso ser águila para ser paloma,
porque fue ternura, piedad y candor
y en todo, y a todos, prodigó el aroma
de su dulcedumbre de hermana mayor.

Tan discreta y diáfana como el arroyuelo
que oculto en las frondas modula un rumor,
esquivo a la abierta claridad del cielo
y temeroso al oro del sol.

Y así fue Nicolle, blanda, por la vida,
tal como en los cielos un ángel debe ir
poniendo en los labios de cualquier herida
la gasa piadosa de su sonreír.

Y cuando la muerte le entreabrió los velos
hondos y celestes de la eternidad,
su sonrisa tuvo más luz de los cielos
y su enferma carne más serenidad...

¿En dónde comienza o acaba la meta
para esta triste humanidad?...
El tiempo no pasa; la eternidad es quieta,
¡y tan solo el hombre corre en fuga inquieta
hacia lo profundo de la eternidad!...

¡Es vano ahondar en la sombra!... Y es vano
mirar el pasado; ver el porvenir...
El signo es solemne y el mandato arcano:
¡Seguir!... ¡Seguir!... ¡Y seguir!...

Y cuando la muerte ponga lastimeros
gemidos de angustia en nuestro dolor,
pensemos: ¡los puros se irán los primeros!...
Nicolle tuvo alas... ¡Y voló mejor!

Gloria

A Víctor Florencio Goytía

Guillermo –dios de las serenidades–
me dijo un día, siempre sonriente:
—Poeta: no lo olvides: ¡el presente
es un punto entre dos eternidades!

Y de entonces, el alma, desolada,
ve en los hombres fantasmas fugitivos,
sordo tropel de puntos suspensivos
moviéndose, angustiosos, en la nada.

Mañana... ¿A qué inquietarnos el mañana
si todo lo mejor lo hemos perdido?...
Solo debe inquietarnos la lejana
emoción que se fue... ¡Lo que se ha ido
no tornará otra vez ningún mañana!...

Inútiles abrazos los abrazos
del mañana, para una vida trunca...
¡Abrazos ya, los que nos den los brazos
de la tierra, que no nos sueltan nunca!...

Mármol eterno y gracia transitoria;
trazo inmortal y carne fugitiva...
¿Quién me asegura que la carne viva
lo que el verso quemándose en la gloria?...

Y yo, en las sienas del laurel el gajo,
busqué la gloria y era, fugitiva;
la gloria –ensueño– soledad arriba;
la gloria –sueño– soledad abajo.

Y hoy, fatigado, mi inquietud se asombra
de haber corrido loca y ciegamente,
tras de mi propia luz, como un demente
que corriera a alcanzar su propia sombra...

Risa que un día me causó una herida;
herida que, sangrando, se hizo rosa.
Sois, risa, herida y flor, la luminosa
trinidad que me guía hacia mi vida.

¡Si pudiera medirse lo inaudito
de mi altivez!... Yo iré solo y proscrito;
pero en la noble sangre de mis huellas
bajarán a mirarse las estrellas
de la profundidad del infinito.

¡Y pensar que el crüel reír sonoro,
los bravos ojos, la altanera frente,
todo puede caer, últimamente,
bajo mi dócil alfiler de oro!...

Mas rota el ansia, fracasará el vuelo;
—el grito es vuelo, inspiración la espina—;
y hay quien no ve que la canción divina
del ruiseñor la encienden en el cielo...

Y yo voy, y yo iré como una sombra
cuanto más impalpable más seguida,
mientras se ensancha el eco de mi vida
tras el silencio augusto de mi sombra...

(Pascua de Resurrección, 1930)

Nocturno III

Luna, luna, luna mía; en torno a mi corazón
hace noches, en mis sueños, ronda una nueva mujer,
y siento en mí florecer,
como un jardín de esperanzas, la magia de una ilusión.

Por el silencio de mi alma, como en parque abandonado,
cruza la sombra que, acaso, es la que esperaba yo.
Sonámbula equivocada, ciego fantasma extraviado,
¿qué cosas busca en mi vida si ya todo en mí acabó?...

El agua murmura frases que no puedo comprender:
palabras, quejas, suspiros que me llenan de emoción...
luna, luna, luna mía: hay una nueva mujer
rondando en mi corazón
y siento en mí florecer,
como un jardín de esperanzas, la magia de una ilusión.

¡Ah! si pudiera por ti,
en la paz de la llanura, sobre la húmeda alfombra,
ver, de pasión encendida, el encanto de su sombra
caminando junto a mí...

Sedas, gasas, terciopelos
fingen las hojas que vuelan por la callada avenida.
¡Cuánta esperanza en mi vida
y cuánta estrella en los cielos!

Luna, luna: si por ti
veo en la húmeda alfombra
el consuelo de mi sombra
caminando junto a mí,
¿por qué luna, no he de ver
su sombra lánguida y fina, temblorosa de emoción?...

Luna, luna, luna mía: en torno a mi corazón
ronda una nueva mujer
y siento en mí florecer,
como un jardín de esperanzas, la magia de una ilusión...

Versos incomprensidos

Nacerán, nacerán otros amores
sobre este amor que estás dejando en ruinas,
como sobre el rosal lleno de espinas
de cada muerta flor nacen mil flores.

¡Tú pasarás como una sombra!... ¡Has sido
flor en la boca, estrella en la mirada,
voz de los cielos en la voz, y nada,
nada podrá salvarte del olvido!

Yo cruzaré primero por la senda
que todos hemos de seguir un día,
pero detrás, sin fin, mi melodía
flotará como un ritmo de leyenda.

Y cual queda la luz en los cristales
–muerta tu brava juventud festiva–,
apenas si tu gracia fugitiva
perdurará en mis versos inmortales.

Y cuando un días inexorable y triste
tan solo vivas de los tiempos idos,
otros labios dirán a otros oídos
estos versos que tú no comprendiste.

Musa panameña

Íbamos bajo la ingrata
sombra de nuestra fortuna,
mientras abría la luna
sus cataratas de plata;
y sobre las alas leves
de la brisa que venía,
una dulce voz decía:

—Yo quiero que tú me lleves
al tambor de la Alegría.

Detuvo el paso un momento,
reconcentró la atención
para escuchar la canción
que nos venía en el viento,
y oprimiendo entre sus leves
manecitas una mía
dijo con melancolía:

—Yo quiero que tú me lleves
al tambor de la Alegría.

Sin saber qué responder
a la infantil petición
me oprimía el corazón
que se quería romper,
mientras en las alas leves
de la brisa que venía,
la dulce voz repetía:

—Yo quiero que tú me lleves
al tambor de la Alegría.

¡Ilusión que el labio miente! ...
¿Dónde estará ese tambor
donde no flote el dolor
sobre el cantar de la gente?...
¿Dónde, dónde, vida mía,
si son nuestros goces breves
cuan larga nuestra agonía?...
Y sobre las alas leves
de la brisa que venía,
la dulce voz repetía:

—Yo quiero que tú me lleves
al tambor de la Alegría.

Enlazados de las manos
seguimos, mudos y errantes,
más que como dos amantes
cual si fuéramos hermanos,
mientras en las alas leves
de la brisa que venía,
lejos, la voz insistía:

—Yo quiero que tú me lleves
al tambor de la Alegría.

Lienzo antiguo

Con la tez perfumada, color canela;
con el pie diminuto forrado en raso,
al girar por la rueda con lento paso
no parece que baila sino que vuela...

Partida en dos la mata del negro pelo
que defiende el recato de sus orejas,
encurva mientras baila las finas cejas
como arcos de ventanas que dan al cielo.

Decidora la boca, roja y pequeña,
como un clavel del prado de la alegría.
¿Y los ojos?... Dos soles de Andalucía...
¡si no fueran pupilas de panameña!

En un giro diabólico e imprevisto
abre en vuelos fantásticos la pollera,
en tanto que en el pecho la reverbera
la cadena que ostenta la cruz de Cristo.

Y se eleva de gracia, crece de hechizo
mientras el ritmo indígena al cielo sube,
y entre blondas y encajes que forman nube
encarna una paloma del paraíso...

El mozo que la ronda llega... se aleja...
que es la pollera a modo de red traidora
en donde siempre atrapa la bailadora
el corazón rendido de la pareja...

El abuelo, que ve desde la ventana,
a la moza que baila, que casi vuela,
recuerda la inefable noche lejana
en que cayó en la grata red de la abuela.

Y se esponja de garbo, cobra prestancia,
y el abuelo tan grave, tan triste y cuerdo,
gira como sonámbulo, y por la estancia
baila con el fantasma de su recuerdo.

¡Oh! carnaval piadoso... río sagrado
que corres a la inversa de todo río;
pones llamas y fuego donde hubo frío,
resucitas al Lázaro del pasado...

Luciérnagas

Infundada es la zozobra
que te da mi soledad...
Para mi felicidad
conmigo basta y... me sobra.

Te vi pasar hace un año
y al latir mi corazón,
pensé: ¡Qué bella ocasión
para hacerme un desengaño!

Muy alto está tu balcón
de granito, de basalto...
Pero para mí, más alto
está aún tu corazón.

Yo me quisiera quedar
una eternidad viajando
como una nube... flotando
bajo el cielo y sobre el mar...

¡Me dijo que me quería!
mas lo dijo de tal modo,
que casada, muerta y todo
aún la siento toda mía.

Yo soy como un cofre de oro
que extrañamente tallado,
cuando se halla más cerrado
es cuando está más sonoro.

Amor que fuiste alegría
para luego ser dolor:
¡bendito seas, amor,
que has llegado a ser poesía!...

Canción que mi corazón
con su melodía encanta...
¿Qué me importa quién la canta
si me encanta la canción?

Todos dicen que murió
pero a nadie le creí...
Para que se muera en mí
precisa que muera yo...

Cuando frente a tu balcón
paso en la tarde que expira,
tu pobre madre me mira
como quien mira a un ladrón.

Plazo fatal

Hermano: ¡recuerda que debes partir!
¿El día?... ¡No importa!... Es fuerza seguir
hacia la celeste cinta del camino.
Prodiga tu ciencia; deja oír tu trino,
reparte tus panes y da de tu vino;
que todos los años, para la estación
alguno, cualquiera, dirá en la reunión:
—Un día como este, hace un año, vino
un hombre de lejos, y nos dio su vino,
nos abrió la rosa de su corazón,
nos dio sus sonrisas y... por el camino,
como cinta de oro, tendió su canción...

Hermano: ¡recuerda que debes partir!...
¿El día?... ¡No importa, pero ha de venir!
Y es sabio que tengas hecha tu canción
con risas y lágrimas de tu corazón.

Perfección

Hombre: no seas abyecto. Tiende hacia arriba... Sube.
Si no puedes ser águila ni paloma, sé nube.

Líbrate de ti mismo. Mira el escarabajo
cómo sube arrastrándose por su horror a lo bajo.

Limpia tu pie de polvo; tu sandalia de lodo,
que en ti existe el secreto milagroso de todo.

La araña no ha llegado siquiera a la alimaña
y ya ves qué prodigiosos de seda hace la araña.

El ala es solo un símbolo. Hoy el acero es ala
y el hombre hurtó a Jacob su milagrosa escala.

Hombre: no seas abyecto. Tiende hacia arriba... Sube.
Si no puedes se águila ni paloma, sé nube.



Junta directiva

Margarita Vásquez Quirós, *directora*
Guillermo Sánchez Borbón, *director sustituto*
Rodolfo de Gracia Reynaldo, *secretario*
Aristides Martínez Ortega, *tesorero*
Justo Arroyo, *ensor*
Aristides Royo Sánchez, *bibliotecario*

Aristides Royo Sánchez
Coordinador de la Comisión de
Biblioteca, Boletín y Otras Publicaciones



La Academia Panameña de la Lengua conmemora ciento treinta y cinco años del nacimiento del ilustre poeta panameño Ricardo Miró Denis.



Panamá, República de Panamá

Impreso en Colombia por Disonex, S. A.
para la Academia Panameña de la Lengua,
tiraje de 500 ejemplares, julio de 2018



Ricardo Miró

La Academia Panameña de la Lengua ofrece a los lectores la reedición, con mínimos cambios, del libro antológico de 1984, *Ricardo Miró. Poesía selecta*, con prólogo de Elsie Alvarado de Ricord. Así, la institución, en cumplimiento de sus funciones, procura suplir una necesidad constantemente manifestada por quienes se interesan por la literatura panameña, en general, y por la poesía, en particular: el deseo de leer a Miró (1883-1940), nuestro poeta, y mostrarlo a las nuevas generaciones para que perdure en la memoria. Asimismo, pretendemos ofrecer a nuestros cónsules y embajadores una ventana por donde asomarse a Panamá, por donde ufanarse de pertenecer a una tierra «donde es más claro el cielo y es más brillante el sol». La poesía de Miró sigue dialogando con nosotros, increpándonos, lanzándonos miradas retadoras sobre nuestro presente y la necesidad de mirar al futuro.

Margarita Vásquez Quirós

Directora

Academia Panameña de la Lengua

ISBN 978-9962-706-47-2



9 789962 706472